



HERALDOS DEL EVANGELIO

N.º 265 - Agosto 2025



*La verdadera gloria
sólo nace del dolor*



Reproducción

Vigor apostólico y espíritu sobrenatural

Pío X tenía un corazón muy sensible: se conmovía y era efusivo con mucha facilidad. Pero estas efusiones de su corazón nunca le ataban las manos, como suele decirse.

Era inexorable cuando se trataba de condenar cualquier posibilidad de equívocos fatales, ya se tratara de adversarios declarados de fuera, como de desviados incautos de dentro; nunca se cansaba de llamar «con oportunidad o sin ella» —según la expresión del Apóstol— a las almas y a los corazones a ser fieles a la palabra revelada por Cristo.

En estos casos se apoderaba de él un vigor apostólico y una «energía a la que nadie podía resistir», y «no había preocupación que lo quebrantara». Era el Papa de lo sobrenatural, que obtenía su fuerza no de juicios humanos, sino

de los juicios divinos: un Papa indómito que, en uno de los primeros días de su pontificado, a alguien que le preguntó cuál iba a ser su política, elevando los ojos y extendiendo el brazo hacia un pequeño crucifijo que tenía delante, respondió sin vacilar: «Esto es mi política». [...]

Antes de tomar cualquier decisión de importancia, Pío X reflexionaba largamente a la luz de la fe y con el auxilio de la oración; consultaba a los más eminentes cardenales y a los más íntegros y listos prelados, pero sin dejarse llevar por ninguno, pues sabía que la responsabilidad de sus actos pesaba sobre sus hombros.

DAL-GAL, Girolamo. *Pío X. El Papa Santo*.

Madrid: Palabra, 1985, pp. 271-272.

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Urbanización Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A – Quito
Telefaxes: (02) 2258840 – (02) 2442585
(02) 6003856 – (02) 6003857
Celular y WhatsApp: +593 98 517 4781 (C)
+593 99 857 1370 (M)
www.heraldos.ec

Suscripciones:
Ecuador:
Quito: Urb. Campo Alegre
Calle Golondrinas E18-98 y
Huirachuro 1er. p. A
Tel. (02) 2442585
Celular y WhatsApp: +593 95 869 7393 (C)

Uruguay:
Lanús 5880 - Montevideo
Tel. (598-2) 2321 4963
fatimauy@adinet.com.uy

México:
Calle Santiago # 262 - K
San Jerónimo Lídice - Alc. Magdalena Contreras
C.P. 10200 - Ciudad de México
Tel. 55-2591 9161
heraldos@heraldos.org.mx

República Dominicana:
Calle Lorenzo Despradel No. 59,
La Castellana, Santo Domingo,
República Dominicana
Tel.: 1-809-227-7265
WhatsApp: 1-809-549-7695
Email: heraldosrd@gmail.com

Los artículos de esta revista podrán
ser reproducidos, indicando su fuente y
enviando una copia a la redacción.
El contenido de los artículos
es responsabilidad
de los respectivos autores.

SUMARIO

➤ PREGUNTAN LOS LECTORES.....	4
➤ EDITORIAL	
Sin la cruz no hay salvación.....	5
➤ LA VOZ DE LOS PAPAS	
La fuerza redentora del dolor.....	6
➤ LA LITURGIA DOMINICAL	
Nuestro corazón sólo descansa en Dios.....	8
¡No tengas miedo! Confía y alcanzarás la gloria.....	9
Amor que atrae y divide.....	10
Convirtámonos antes de que la puerta se cierre.....	11
Un Dios... ¡¿manso y humilde?!.....	12
➤ EJEMPLOS QUE ARRASTRAN	
¡Doble regreso a la vida!.....	13
➤ TESOROS DE MONS. JOÃO	
Huésped bendito, mediante el cual Dios nos visita.....	14
➤ TEMA DEL MES – EL SUFRIMIENTO	
Una explicitud pliniana: la «sufritiva» - Aprender a sufrir.....	18
Llamados a ser corrededores.....	22
➤ ¿QUÉ DICE EL CATECISMO?	
Una necesidad humana.....	25
➤ UN PROFETA PARA NUESTROS DÍAS	
Termómetro del verdadero fervor.....	26
➤ SANTO TOMÁS ENSEÑA	
¿Es lícito pedirle a Dios que nos libre de los sufrimientos?.....	29
➤ HISTORIA, MAESTRA DE LA VIDA	
La peste negra - Cuando las calamidades enseñan a la humanidad.....	30
➤ VIDAS DE SANTOS	
Venerable Pío Bruno Lanteri - Sagaz como la serpiente.....	34
➤ HERALDOS EN EL MUNDO	
Parroquia de Jesús Buen Pastor - La mano materna de la Iglesia.....	38
➤ DOÑA LUCILIA –	
LUCES DE UNA MATERNAL INTERCESIÓN	
Hasta en el otro rincón del mundo.....	46
➤ ¿SABÍAS.....	49
➤ TENDENCIAS Y MENTALIDADES	
Extravagancia u osadía.....	50



Reproducción

14 ¿Es posible sufrir con alegría?



Reinhardt Hauke (CC by-sa 3.0)

18 La «sufritiva», explicitud inédita del Dr. Plinio



Parroquia Jesús Buen Pastor

38 La parroquia de los Heraldos en Ciudad Estructural



filles-de-la-charite.org

50 Osadías que dignifican y atraen

Envíe las preguntas para el P. Ricardo al correo
preguntanloslectores@heraldos.org



✠ P. Ricardo José Basso, EP

Leí en un libro la siguiente frase: «Como siempre han afirmado los santos Padres». ¿A qué se refiere? ¿Cómo sabe el autor que todos los Padres santos dijeron eso? ¿O se trata de un lenguaje concreto?

Oswaldo Wójcik – Ponta Grossa (Brasil)

La pregunta es muy oportuna, ya que nos brinda la oportunidad de esclarecer una duda muy común.

En el lenguaje clásico de la Iglesia, los términos *Santos Padres*, *Padres de la Iglesia* o simplemente *Padres* designan a un grupo muy concreto de personas. En este contexto, la palabra *padre* no se refiere a los sacerdotes, como explicaremos más adelante. Hay diáconos entre los Santos Padres, como San Efrén; numerosos obispos, como San Agustín; e incluso algunos que ni siquiera recibieron el primer grado del sacramento del orden, como San Máximo el Confesor.

¿Cuáles son entonces las características que definen a un Padre de la Iglesia? Se reducen a tres, bien delimitadas:

1. Antigüedad: entre los Padres de Occidente o latinos —que escribían en latín—, el último fue San Gregorio Magno, Papa que falleció en el 604; entre los de Oriente —que escribían habitualmente en griego—, el último es San Juan Damasceno, que murió en el 749.

2. Ortodoxia de doctrina: ha de tratarse de un teólogo que haya dejado para las generaciones futuras un legado escrito, en plena conformidad con la fe y reconocido como autoridad en la Iglesia.

3. Santidad de vida.

Consideremos algunos ejemplos. Santo Tomás de Aquino fue un gran santo y escribió maravillas teológicas, pero vivió en el siglo XIII, por lo que no puede contarse entre los Padres porque le falta antigüedad; recibe el título de doctor de la Iglesia. San Martín de Tours vivió en el siglo IV, fue santo y un gran defensor de la verdadera fe, pero no dejó escritos, de manera que tampoco se encuentra entre los Padres de la Iglesia. Finalmente, hubo destacados teólogos de los comienzos del cristianismo que, por carecer de santidad de vida, no están incluidos entre los Santos Padres; sin em-

bargo, sus obras se estudian en la patrología porque hicieron importantes contribuciones al desarrollo y la explicitud de la doctrina católica.

Obviamente, el título de *Padres* se les aplica a esos varones, no porque signifique que engendraron la Iglesia, obra directa de Dios, sino porque fueron elegidos por la Providencia para proteger a la Esposa Mística de Cristo en sus primeros pasos, contra los ataques de sus enemigos, especialmente de aquellos que trataban de tergiversar su doctrina. Muchos tuvieron que defender la fe con su propia sangre, como el gran San Cipriano, obispo de Cartago, martirizado en el año 258. Se les llama *Padres* también por haber sido en cierto modo instrumentos elegidos para instruir a los fieles.

Un ejemplo del uso de la denominación *Padres* en la historia de la Iglesia lo encontramos en una hermosa carta de San Bonifacio, en la que este santo apóstol manifiesta sentirse indigno ante la gran misión que le fue encomendada: «Me estremezco y me asalta el temor y el terror, me cubre el espanto por mis pecados, y de buena gana abandonaría el gobierno de la Iglesia que me ha sido confiado, si para ello encontrara apoyo en el ejemplo de los Padres o en la Sagrada Escritura» (*Epístola* 78).

Para evitar confusiones, un último detalle: la palabra *Padres* también puede utilizarse para referirse a los participantes de un concilio ecuménico, con un significado distinto al explicado anteriormente. Pero se trata de un uso menos común, cuya explicación se escaparía a nuestro asunto...

A partir de ahora, cuando veamos en algún libro o, sobre todo, en los documentos oficiales de la Iglesia los términos *Santos Padres*, *Padres de la Iglesia* o *Padres*, sabremos que se trata de una referencia a esos baluartes de la fe católica de los primeros siglos del cristianismo.



SIN LA CRUZ NO HAY SALVACIÓN

Santo Tomás de Aquino, único autor cuya doctrina ha asumido la Iglesia Católica como propia (cf. SAN PABLO VI. *Lumen Ecclesiae*, n.º 24), sostiene que el elemento principal de la doctrina cristiana es «la salvación realizada por la cruz» (*Super I Epistolam ad Corinthios*, c. I, lect. 3).

Jesús mismo preparó a sus discípulos para su pasión redentora (cf. Mt 16, 21), así como sus circunstancias: «Lo mismo que Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre, para que todo el que cree en Él tenga vida eterna» (Jn 3, 14-15). El Salvador llegó a proclamar que para ser verdaderamente discípulo suyo había que negarse a sí mismo y tomar su cruz cada día (cf. Lc 9, 23). Por lo tanto, todo auténtico cristiano debe ser un «crucífero» o un «cruzado» en su compromiso con la cruz. Por ella todo se consume (cf. Jn 19, 30), y por ella Cristo atrae a todos hacia sí (cf. Jn 12, 32). La cruz es literalmente *crucial*.

Sin embargo, ésta causa escándalo. No sólo al sanedrín, sino a los propios Apóstoles, hasta el punto de que Pedro reprendió al divino Maestro por anunciarla (cf. Mt 16, 22). En el umbral del sacrificio del Redentor «todos los discípulos lo abandonaron y huyeron» (Mt 26, 56) y, tras la crucifixión, también se evidencia el desánimo de los discípulos de Emaús, que anhelaban una restauración meramente humana de Israel (cf. Lc 24, 21).

En los primeros tiempos de la Iglesia no faltaron herejías que intentaron enmascarar el papel de la cruz, como el docetismo, según la cual la encarnación de Cristo habría sido sólo una apariencia y el sacrificio del Calvario una mera alegoría, pues, al ser Dios, Jesús no podía sufrir. Los docetas negaban así *in radice* el sentido del sufrimiento en la vida cristiana.

Parece que muchos católicos aún hoy en día defienden una especie de «docetismo práctico». Como los discípulos, huyen de la cruz, son indiferentes a las acciones del Altísimo en el mundo y viven como si el Señor no hubiera sido crucificado. Conforme la afirmación del Aquinate antes citada, sin la cruz —la de Cristo y la personal—, desaparece también la esencia del cristianismo.

Esa mentalidad errónea se observa en ciertas prácticas religiosas: en un sentimentalismo que endulza la religión y la hace aversa al espíritu de lucha y de cruz; en la superficialidad con la que se buscan excusas para huir de una mayor entrega a Dios y al prójimo; en la pusilanimidad que evita perseguir las cosas de lo alto, donde está el leño que a todos atrae. Tales desviaciones fueron resumidas en una sintética expresión del Prof. Plinio Corrêa de Oliveira: «herejía blanca», es decir, una herejía descolorida, *grosso modo* doceta, que conlleva graves consecuencias para la vida del católico.

El secreto, por tanto, está en encontrar el sentido de la vida en la propia cruz, no para soportar el sufrimiento a la manera estoica, sino descubrir en él la gloria que proclama el Apóstol: «En cuanto a mí, Dios me libre de gloriarme si no es en la cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por la cual el mundo está crucificado para mí, y yo para el mundo» (Gál 6, 14).

La cruz no es fastidiosa, sino dulce, como canta el himno *Crux fidelis*; es también fuerte y triunfante, porque nos guía hacia la Patria celestial: «El mensaje de la cruz es necedad para los que se pierden; pero para los que se salvan, para nosotros, es fuerza de Dios» (1 Cor 1, 18). Así pues, sin la cruz no hay salvación. ✠



Vista del
campanario de
la capilla de
Nuestra Señora
del Pilar,
Ubatuba (Brasil)

Foto: Thiago Tamura



La fuerza redentora del dolor

Sabed que a los ojos del Señor es valioso de un modo particular precisamente el sufrimiento del justo y del inocente, más que el del pecador; éste, en efecto, sufre sólo por sí mismo, por una autoexpiación, mientras que el inocente capitaliza con su dolor la redención de los demás.

EL PROBLEMA DEL DOLOR

El sufrimiento, elemento inevitable de la existencia humana, aunque también factor de posible crecimiento personal, es «censurado», rechazado como inútil, más aún, combatido como mal que debe evitarse siempre y de cualquier modo. [...] El problema del dolor acosa sobre todo a la fe y la pone a prueba. [...]

En efecto, cuando prevalece la tendencia a apreciar la vida sólo en la medida en que da placer y bienestar, el sufrimiento aparece como una amenaza insoportable, de la que es preciso librarse a toda costa.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Evangelium vitae, 25/3/1995.

CRISTO NOS ENSEÑA LA DIGNIDAD DEL SUFRIMIENTO

[A la luz de la cruz] el dolor se hace sagrado. Antes —y todavía, para quien se olvida que es cristiano— el sufrimiento parecía pura desgracia, pura inferioridad, más digna de desprecio y repugnancia que merecedora de comprensión, de compasión, de amor. Quien ha dado al dolor del hombre su carácter sobrehumano, objeto de respeto, de cuidados y de culto, es Cristo doliente [...].

Hay más, Cristo no demuestra solamente la dignidad del dolor; Cristo lanza un llamamiento al dolor. Esta voz, hijos y hermanos, es la más misteriosa y la más benéfica que ha atravesado la escena de la vida humana. Cristo invita

al dolor a salir de su desesperada inutilidad, a ser, unido al suyo, fuente positiva de bien, fuente no sólo de las más sublimes virtudes —desde la paciencia hasta el heroísmo y la sabiduría—, sino también de capacidad expiadora, redentora, beatificante, propia de la cruz de Cristo.

Fragmentos de: SAN PABLO VI.
Discurso, 27/3/1964.

CUANDO EL SUFRIMIENTO SE VUELVE FECUNDO

Si es cierto que el dolor humano sigue siendo un gran misterio, no lo es menos que adquiere un sentido, mejor dicho, una fecundidad, gracias a la cruz de Cristo. [...]

Sabed que a los ojos del Señor es especialmente valioso precisamente el sufrimiento del justo y del inocente, más que el del pecador, porque éste, realmente, sufre sólo por sí mismo, por una autoexpiación, mientras que el inocente capitaliza con su dolor la redención de los demás.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Discurso, 24/9/1979.

LA FECUNDIDAD DE LA IGLESIA DEPENDE DE LA CRUZ

Toda la fecundidad de la Iglesia y de la Santa Sede depende de la cruz de Cristo. De lo contrario, es apariencia, si no es que algo peor. [...]

Por ejemplo, un sacerdote que personalmente lleva una cruz pesada a causa de su ministerio, y sin embargo cada día va a la oficina y trata de hacer su trabajo lo mejor posible, con amor y con fe, ese sacerdote participa y contribuye a la fecundidad de la Iglesia. Y lo mismo un padre o una madre de familia, que en casa vive una situación difícil —un hijo que da preocupaciones, un padre enfermo— y lleva adelante su trabajo con empeño: ese hombre y esa mujer son fecundos con la fecundidad de María y de la Iglesia.

Fragmentos de: LEÓN XIV.
Homilía, 9/6/2025.

POTENCIA REDENTORA DEL SUFRIMIENTO

Cristo es el único que verdaderamente no tiene pecado, y que, más aún, ni siquiera puede pecar. Es, por tanto, aquel —el único— que no merece absolutamente el sufrimiento. Y sin embargo es también el que lo ha aceptado en la forma más plena y decidida, lo ha aceptado voluntariamente y con amor. [...]

Así, por obra de Cristo, cambia radicalmente el sentido del sufrimiento. Ya no basta ver en él un castigo por los pecados. Es necesario descubrir en él la potencia redentora, salvífica del amor.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Audiencia general, 9/11/1988.

CRUCIFICADOS CON CRISTO

[Jesús] es víctima, pero para nosotros, al ofrecerse a sí mismo en vez del hombre sujeto a la culpa. Pues bien, aquello del Apóstol, «habéis de tener en vuestros corazones los mismos sentimientos que tuvo Jesucristo en el suyo», exige a todos los cristianos que reproduzcan en sí, en cuanto al hombre es posible, aquel sentimiento que tenía el divino Redentor cuando se ofrecía en sacrificio, es decir, que imiten su humildad y eleven a la suma Majestad de Dios la adoración, el honor, la alabanza y la acción de gracias. Exige, además, que de alguna manera adopten la condición de víctima, abnegándose a sí mismos según los preceptos del Evangelio, entregándose voluntaria y gustosamente a la penitencia, detestando y expiando cada uno de sus propios pecados. Exige, finalmente, que nos ofrezcamos a la muerte mística en la cruz juntamente con Jesucristo, de modo que podamos decir como San Pablo: «Estoy clavado en la cruz juntamente con Cristo».

Fragmento de: Pío XII.
Mediator Dei, 20/11/1947.

UNA PARTÍCULA DEL TESORO DE LA REDENCIÓN

El sufrimiento, más que cualquier otra cosa, es el que abre el camino a la gracia que transforma las almas. El sufrimiento, más que todo lo demás, hace presente en la historia de la humanidad la fuerza de la Redención. [...]

Los que participan en los sufrimientos de Cristo conservan en sus sufrimientos una especialísima partícula del tesoro infinito de la redención del mundo, y pueden compartir este tesoro con los demás.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Salvifici doloris, 11/2/1984.

SOCIOS EN LA EXPIACIÓN

La pasión expiadora de Cristo se renueva y en cier-

to modo se continúa y se completa en el Cuerpo Místico, que es la Iglesia. Pues sirviéndonos de otras palabras de San Agustín: «Cristo padeció cuanto debió padecer; nada falta a la medida de su pasión. Completa está la pasión, pero en la cabeza; faltaban todavía las pasiones de Cristo en el cuerpo». [...]

Con razón, pues, Jesucristo, que todavía en su Cuerpo Místico padece, desea tenernos por socios en la expiación, y esto pide con Él nuestra propia necesidad; porque siendo como somos «cuerpo de Cristo, y cada uno por su parte miembro» (1 Cor 12, 27), necesario es que lo que padezca la cabeza lo padezcan con ella los miembros.

Fragmentos de: Pío XI.
Miserentissimus Redemptor, 8/5/1928.

TODOS PODEMOS PARTICIPAR DE LA REDENCIÓN

Llevando a efecto la Redención mediante el sufrimiento, Cristo ha elevado juntamente el sufrimiento humano a nivel de Redención. Consiguientemente, todo hombre, en su sufrimiento, puede hacerse también partícipe del sufrimiento redentor de Cristo. [...]

Cristo no explica abstractamente las razones del sufrimiento, sino que ante todo dice: «Sígueme», «Ven», toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento. Por medio de mi cruz. A medida que el hombre toma su cruz, uniéndose espiritualmente a la cruz de Cristo, se revela ante él el sentido salvífico del sufrimiento.

Fragmentos de: SAN JUAN PABLO II.
Salvifici doloris, 11/2/1984.

INSERTAR LAS PEQUEÑAS PRUEBAS EN EL GRAN SUFRIMIENTO DE CRISTO

También por lo que atañe al sufrimiento la historia de la Iglesia está llena de testigos que se entregaron sin medida por los demás, a costa de duros sufrimientos. Cuanto mayor es la esperanza que nos anima, tanto mayor es también en nosotros la capacidad de sufrir por amor de la verdad y del bien, ofreciendo con alegría las pequeñas y grandes pruebas de cada día e insertándolas en el gran «com-padecer» de Cristo.

Fragmento de: BENEDICTO XVI.
Homilía, 6/2/2008.

«Toma parte con tu sufrimiento en esta obra de salvación del mundo, que se realiza a través de mi sufrimiento»

«Cristo crucificado con Santo Domingo», de Fra Angélico - Museo de San Marcos, Florencia (Italia)





Nuestro corazón sólo descansa en Dios

✠ P. Alessandro Cavalcante Scherma Schurig, EP



Si el alma sabe contemplar en las criaturas el reflejo del Creador y, así, crecer en el encanto por las perfecciones divinas, entonces encontrará una felicidad profunda y duradera

En nuestros días vemos cómo se multiplican, con una intensidad casi frenética, todo tipo de dispositivos destinados a facilitar la vida al ser humano: desde utensilios de aseo personal hasta los medios de comunicación y de locomoción más avanzados, nuestra cotidianidad está basada cada vez más en la tecnología.

Sin embargo, a un observador más atento no le será difícil constatar que un ordenador de última generación de ayer, hoy ya está obsoleto y guardado en un armario... El potente automóvil de moda, motivo de codicia de innumerables compradores, mañana será relegado por otro y acabará sus días en un desguace... ¿Qué decir entonces de los teléfonos móviles, que se adquieren febrilmente a cualquier edad y luego se desechan como hierba «que florece y se renueva por la mañana, y por la tarde la siegan y se seca» (Sal 89, 6)?

Así pues, ¿de qué sirven tantos inventos? Todo «es vanidad y grave dolencia» (Ecl 2, 21)... El triste espectáculo que presenciamos a diario, de cientos de personas con la mirada fija en las pantallas, puede desvanecerse de repente por un «apagón» eléctrico, dejando a millones de almas desorientadas, porque pusieron su esperanza en las criaturas. A ellas cabe repetirles las palabras del Evangelio de hoy: «Mirad, [...] aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes» (Lc 12, 15).

¿Deberíamos, por tanto, pregonar el completo despojo de las riquezas terrenales y vivir un primitivismo salvaje para encontrar la felicidad y el bienestar?

El alma humana posee una sed innata de infinito y de lo absoluto, como tan acertadamente clama-

ba San Agustín: «Nos has hecho para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».¹ Ahora bien, si una persona aplica su amor a una criatura sólo para satisfacer un ansia desequilibrada de disfrute egoísta, se rebaja al nivel de ese ser y en poco tiempo se sentirá frustrada por el placer que no le produjo la satisfacción deseada.

Por el contrario, si el alma sabe contemplar en las criaturas el reflejo del Creador y, a través de ellas, se propone crecer en el conocimiento de las perfecciones divinas y en el encanto por ellas, entonces encontrará una felicidad profunda y duradera. Este es el consejo fundamental que nos ofrece la liturgia de este domingo, por medio de la pluma del Apóstol de las gentes: «Buscad los bienes de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; aspirad a los bienes de arriba, no a los de la tierra» (Col 3, 1-2).

Si deseamos ser ricos ante Dios (cf. Lc 12, 21), imploremos la gracia que el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira pedía en una oración que él compuso: «Oh Señor Buen Jesús, haz que ame, recta y santamente, todo lo que es grande, maravilloso, regio y elevado. Dame la gracia de ser totalmente inapetente de las bagatelas que hasta ahora me atraen y de ser totalmente apetente de las grandezas que me causan fastidio. Quien se muestra frío y resistente a los llamamientos que haces al amor de los hombres a través de lo que es santo y maravilloso en la tierra, también lo es respecto a todos los infinitos horizontes de la fe, que hemos de contemplar». ✠

¹ SAN AGUSTÍN. *Confesiones*. L. I, c. 1, n.º 1.

Miembros de los Heraldos del Evangelio rezan en la cima de la Pedra do Baú, São Bento do Sapucaí (Brasil)



¡No tengas miedo! Confía y alcanzarás la gloria

✠ P. Aumir Antonio Scomparin, EP



Existen diferentes grados y tipos de miedo provocados por estímulos físicos, psicológicos, sociales e incluso religiosos. Algunos de ellos están narrados tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento para advertirnos contra la falta de fe y la desconfianza en Dios. Por ejemplo, justo después del primer pecado, Adán le respondió al Señor, que lo estaba buscando: «Me dio miedo, porque estaba desnudo, y me escondí» (Gén 3, 10); y San Pedro, caminando milagrosamente sobre el agua, «al sentir la fuerza del viento, le entró miedo» (Mt 14, 30).

Desde otro aspecto, la Sagrada Escritura también aborda el miedo como factor para alcanzar la virtud: «El comienzo de la sabiduría es el temor del Señor» (Prov 9, 10). Este temor reverencial nos enseña a confiar en el poder de Dios, a desapegarnos de las cosas terrenas y a afrontar con valentía los peligros, pues se fundamenta en la fe, en la humildad y en el amor a Dios.

Si los efectos del miedo natural son perturbación, agitación y pavor, los del temor reverencial son calma, serenidad y confianza. El que sufre los primeros tiene poca fe en Dios; el que experimenta los otros se acerca a Él y busca la santidad. Así se entiende mejor el salmo responsorial de esta liturgia: «Los ojos del Señor están puestos en quien lo teme, en los que esperan su misericordia, para librar sus vidas de la muerte y reanimarlos en tiempo de hambre» (32, 18-19).

El Evangelio, a su vez, enfatiza nuevos aspectos del temor reverencial cuando Jesús afirma: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino» (Lc 12, 32). Esta exhortación, llena de dilección, confianza y certeza de la victoria, encierra una promesa de premio y de gloria para quien sea fiel, retomada en otro versículo: «El señor lo pondrá al frente de todos sus bienes» (Lc 12, 44).

Los frágiles y tímidos discípulos son favorecidos por la mirada complacida del Padre, que les promete el Reino eterno. Ahora bien, ¿quién le ha agradado más que la Santísima Virgen? Las palabras de Jesús

recuerdan la salutación angélica que le fue dirigida: «No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios» (Lc 1, 30). El canto del magnificat también expresa ese maravillamiento del Todopoderoso y la promesa de gloria hecha a Nuestra Señora: «Porque ha mirado la humildad de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones» (Lc 1, 48).

A propósito de este Evangelio, Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP, comenta: «María, desde nuestra naturaleza, fue quien elevó su alma virginal para engrandecer al Señor y hacer de Él su tesoro. [...] Ella nos enseña a hacer de esta tierra una escuela preparatoria para el Cielo, pues aquí los tesoros perecen, son viles, a menudo nos degradan, afligen y empobrecen. [...] Lo contrario ocurre con los tesoros del Cielo: nos ennoblecen, consuelan y nos aseguran una eternidad feliz».¹

Que nuestros corazones estén ávidos de entrar en esa escuela preparatoria para el Cielo inaugurada por la Santísima Virgen, cuyo fundamento es la humildad, la sumisión y la esclavitud de amor a Dios. ✠

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. «¿Basta rezar?». In: *Lo inédito sobre los Evangelios*. Città del Vaticano. LEV, 2012, t. VI, pp. 276-277.

*Ante las
incertidumbres de esta
vida, jamás
nos dejemos
invadir por un
temor servil
que nos aparte
de Dios*



Reproducción

«La pesca milagrosa», de Rafael Sanzio -
Museo Victoria y Alberto, Londres

Amor que atrae y divide

✠ P. Vicente de Jesús Croes Sagarna, EP



Huyamos de la ilusión de que al hacer el bien sólo cosecharemos aplausos y elogios. El apóstol debe estar preparado para la persecución y la contradicción

Las lecturas de este domingo pueden resultar algo extrañas en un mundo donde la palabra *amor* ha adquirido una connotación de complicidad y aceptación incondicional. Muy distinta a este concepto es la realidad a la que se enfrentan quienes, movidos por una auténtica caridad, desean seguir los pasos del Salvador...

Aunque los actos de amor y de dedicación por la salvación de las almas despierten inicialmente admiración y entusiasmo, no es infrecuente que esta reacción degenere en envidia, odio y calumnia. Así ocurrió con Nuestro Señor Jesucristo: aclamado por sus milagros y recibido como rey el Domingo de Ramos (cf. Jn 12, 13), días después escuchó de sus propios compatriotas el grito unánime de «¡Crucifícalo!», ante la mirada atónita de Pilato (Jn 19, 6).

De esa verdad también nos da un ejemplo la primera lectura, cuando narra la suerte del profeta Jeremías por predicar lo que el Señor le había mandado: «Los dignatarios dijeron al rey: “Hay que condenar a muerte a ese hombre, pues, con semejantes discursos, está desmoralizando a los soldados que quedan en la ciudad y al resto de la gente”» (Jer 38, 4).

Ahora bien, muchos emprenden el camino de la virtud movidos por un cierto amor a Dios y al prójimo, si bien superficial, sin pensar en los obstáculos que les esperan. Y cuando éstos aparecen, se desalientan... Opuesta fue la actitud del divino Maestro, como escuchamos en la segunda lectura: «Recordad al que soportó tal oposición de los pecadores, y no os canséis ni perdáis el ánimo» (Heb 12, 3).

Desde toda la eternidad Jesús sabía los efectos que produciría el fuego de su amor por la gloria del Padre y la salvación de las almas: «He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla! ¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? No, sino división» (Lc 12, 49-51).

División... El Señor ya había sido bautizado por Juan en el Jordán. El bautismo al que se refiere en este pasaje del Evangelio es, por tanto, su pasión y muerte, un bautismo de sangre, dolor y tribulación. Quiso ardientemente tal holocausto, deseando que se cumpliera cuanto antes, pues sabía que ésa era la consumación de su misión, iniciada con la encarnación e impulsada por un amor infinito a la humanidad pecadora.

He aquí una lección para nosotros. Cuando Dios nos llama a cumplir una vocación, a realizar una obra de apostolado, a vencer un vicio o un capricho, a abandonar una ocasión de pecado, en definitiva, a amarlo sobre todas las cosas en nuestro día a día, ¡obedezcamos su voz sin demora!

Por último, pidamos a María Santísima que nos abrace con su amor, y que su divino Hijo nos utilice como instrumentos fieles para la propagación de ese fuego purificador por toda la faz de la tierra. ✠



«La lapidación de San Pablo», de Jean Baptiste de Champaigne - Museo de Arte Arnot, Nueva York

Reproducción

Convirtámonos antes de que la puerta se cierre

✠ P. João Marcos Cardoso dos Santos, EP



Según la concepción contemporánea, la palabra *bondad* puede designar mil cualidades, excepto una: la seriedad. Y así se ha convertido en sinónimo de connivencia con el error o de voluntaria ceguera ante lo que ha de corregirse o advertirse. Ahora bien, en Dios ese concepto presenta un significado muy distinto... En el Evangelio del vigésimo primer domingo del Tiempo Ordinario, la bondad del divino Redentor nos llama la atención acerca de los momentos serios y decisivos que nos esperan con ocasión del juicio particular y el universal.

Cuanto mayor sea la altura, mayor será la caída. Cuanto más alto se encuentra alguien en las vías de la santidad, mayor es el riesgo de la más mínima concesión a la tentación y al pecado. Santa Teresa de Jesús vio el terrible lugar del Infierno al que iría si permanecía en el camino de la vanidad y la tibieza.¹

Nuestro Señor Jesucristo deja claro en el Evangelio que lo importante no es saber si son muchos o pocos los que se salvan, sino hacer todo el esfuerzo posible para ser uno de ellos. «Muchos intentarán entrar y no podrán» (Lc 13, 24), pues —¡oh, misterio de la infidelidad humana!— ni los que comieron y bebieron con el Redentor y oyeron su predicación (cf. Lc 13, 26), es decir, participaron en la santa misa, serán reconocidos por Él si, acomodándose a sus defectos y dejando el cambio de vida siempre para después, no ponen en práctica lo que han recibido.

En efecto, de tanto dejarlo para más tarde acaba «anocheciendo»... La imagen del dueño de la casa que se levanta para cerrar la puerta al caer la noche (cf. Lc 13, 25) simboliza el momento en que Jesús

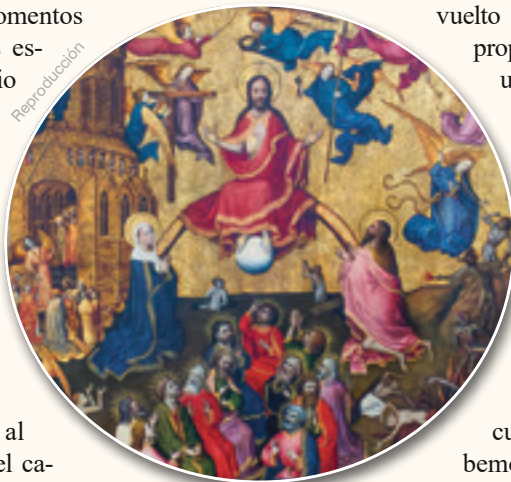
asumirá la posición de Juez: se trata de la «noche» individual —la muerte— o universal —el fin de la historia—, tras la cual se cerrarán las puertas y comenzará el juicio particular o final.

Los que, reprimiendo su conciencia, han llevado una vida de duplicidad e hipocresía, mostrarán al principio sorpresa ante la negativa de Dios (cf. Lc 13, 25-26). Actuarán así porque de tal manera han embotado su conciencia que se han

vuelto incapaces de reconocer su propia maldad. Éstos confirman una verdad a menudo olvidada: nadie puede profesar la fe y vivir en contra de ella por mucho tiempo; pronto creará para sí mismo doctrinas que justifiquen su mala conducta...

Por el bautismo hemos sido aceptados y amados por el Padre celestial como hijos, pero para cumplir nuestra misión debemos dejarnos corregir por Él. Tal es su amor por nosotros que nos dio como Madre y Abogada a aquella a quien San Agustín

llama el «molde de Dios». Si, renunciando sinceramente a nuestros pecados, defectos y caprichos, nos lanzamos con confianza a este «molde divino», sin duda, entraremos por la puerta estrecha y no escucharemos del divino Juez la terrible sentencia: «No sé de dónde sois. Alejaos de mí todos los que obráis la iniquidad» (Lc 13, 27). ✠



El Juicio final - Museo de los Maestros Antiguos, Bruselas

La bondad del divino Redentor nos alerta del momento más serio de nuestra vida, pues no debemos prepararnos para él sólo cuando empiece a «anochecer»

¹ Cf. SANTA TERESA DE JESÚS. *Libro de la vida*, c. xxxii, n.º 1-7.

² SAN AGUSTÍN. «Sermo 208», apud GARRIGOU-LAGRANGE, OP, Réginald. *La Madre del Salvador y nuestra vida interior*. 3.ª ed. Buenos Aires: Desclee de Brouwer, 1954, p. 279.

Un Dios... ¿manso y humilde?!

✠ P. Luiz Henrique de Oliveira Alves, EP



*La noción
de un Dios
encarnado que
nos da ejemplo
de humildad y
mansedumbre
puede parecer
común en
nuestros días,
pero supuso
un verdadero
cambio de
criterios
cuando el
Señor la
predicó*

La liturgia del vigésimo segundo domingo del Tiempo Ordinario pone de relieve un maravilloso aspecto del alma de Nuestro Señor Jesucristo, que la aclamación del Evangelio nos invita a imitar: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (Mt 11, 29).

Esta afirmación, que hoy puede incluso ser oída con cierta displicencia y superficialidad, sonó chocante en una época histórica en la que los dirigentes de las naciones las tiranizaban (cf. Mc 10, 42), imperaba la ley del más fuerte y los dioses paganos llevaban al paroxismo la manifestación de los vicios humanos.

A lo largo de la Antigüedad clásica, la mayoría de la gente creía en alguna divinidad y pululaban imágenes de dioses idealizados para satisfacer las más diversas expectativas de los hombres, hasta tal punto que, según el satírico romano Petronio, en Atenas era «más fácil encontrarse con un dios que con un hombre».¹

Santo Tomás² nos enseña que mediante el uso normal de la razón el hombre puede llegar a la conclusión de la existencia de un Dios creador, pero nunca logrará saber cómo es ese Dios si Él no se revelara.

En este sentido, Jesús se manifiesta muy gradualmente, abriendo el entendimiento de quienes lo escuchaban para que pudieran comprender a un Dios en todo opuesto a la mentalidad dominante (cf. Mc 10, 43-45), y corroborando sus enseñanzas con numerosos milagros para que, finalmente —habiendo enviado al Espíritu Santo—, lo conocieran y lo amaran de verdad.

Detalle de «Jesús en casa de Simón, el fariseo», de Frans Francken el Joven - Iglesia de Nuestra Señora, Brujas (Bélgica)



El Evangelio nos presenta a Jesús en un banquete en donde notó «que los convidados escogían los primeros puestos» (Lc 14, 7). Con divina mansedumbre y maravilloso encanto, les enseña inicialmente las ventajas humanas de practicar la humildad: «Cuando te conviden a una boda, [...] vete a sentarte en el último puesto, para que, cuando venga el que te convidó, te diga: “Amigo, sube más arriba”. Entonces quedarás muy bien ante todos los comensales. Porque todo el que se enaltece será humillado; y el que se humilla será enaltecido» (Lc 14, 8-11).

Sólo más tarde les habla de la recompensa en la vida eterna: «Cuando des un banquete, invita a pobres, lisiados, cojos y ciegos; y serás bienaventurado, porque no pueden pagarte; te pagarán en la resurrección de los justos» (Lc 14, 13-14).

Dos mil años después, nuestro divino Modelo —contrariando, hoy, quizá más especialmente la hipocresía que la impiedad— nos muestra que la verdadera humildad no consiste en tener buena reputación entre los hombres mediante un afectado rebajamiento o simplicidad, sino una actitud habitual de gratitud y alabanza con la que se le restituye al Creador todo lo que de sus manos hemos recibido.

Nos dio un ejemplo de ello al remitirse continuamente al Padre: «Todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer» (Jn 15, 15); «aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que comprendáis y sepáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre» (Jn 10, 38).

Le invito, querido lector, a seguir juntos el camino espiritual recorrido por Mons. João, fundador de los Heraldos del Evangelio: maravillémonos ante Nuestro Señor Jesucristo, bien conscientes de que la admiración hace a quien admira semejante al admirado. ✠

¹ PETRONIO. *Satiricón*, n.º 17.

² Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. I, q. 2, a. 3.

¡DOBLE REGRESO A LA VIDA!

Corría el año 1849. El joven Carlos, que frecuentaba el oratorio fundado por San Juan Bosco y tenía 15 años por aquel entonces, había enfermado gravemente y los médicos lo desahucieron. Consternados por la noticia, sus padres le preguntaron si quería confesarse. Sin dudar, el muchacho pidió que llamaran cuanto antes a Don Bosco.

Fueron rápidamente al oratorio, pero... el santo se hallaba fuera de Turín. A pesar de la aflicción del joven, no hubo otra solución que llamar a otro sacerdote. Dos días después, Carlos dejaba esta vida.

De vuelta al oratorio y al ser informado de las insistentes llamadas de aquella familia, Don Bosco se dirigió apresuradamente a su residencia.

Nada más llegar, recibió la noticia del fallecimiento. Sin embargo, se limitó a decir que el chico no había muerto, sino que sólo estaba dormido. Los parientes, llorando, insistían en que el pequeño ya estaba frío y rígido, a lo que el santo, categóricamente, replicaba lo contrario.

Así que lo llevaron a la habitación y, mientras se acercaba lentamente al ataúd, una duda asaltaba la mente de Don Bosco: ¿Había hecho bien Carlos su última confesión?

Pidió a todos que se marcharan y lo dejaran a solas en el cuarto. Después de rezar, bendijo al joven y gritó dos veces:

—Carlos, Carlos, ¡levántate!

Ante la imperativa orden, el muchacho, como si despertara de un profundo sueño, se levantó y al instante reconoció a Don Bosco. Empezó a contarle que había tenido una pesadilla: se veía al borde de un horno lleno de brasas y llamas. Muchos demonios lo seguían e intentaban apoderarse de él. Cuando estaba a punto de ser arrastrado a esa

Carlos había ocultado un pecado grave en su última confesión...

Arrepentido de su proceder, volvió a declarar sus faltas, esta vez íntegramente y con auténtico y sincero arrepentimiento. A continuación, le pidió a Don Bosco que recomendara mucho y siempre la sinceridad en la confesión.

Finalmente, el santo le preguntó si quería seguir viviendo o ir al Cielo, cuyas puertas ahora tenía abiertas. Sin dudar, Carlos respondió que hacía allí deseaba ir. Recostándose de nuevo y cerrando los ojos, entregó definitivamente su alma a Dios.

Qué gran milagro puede obrar una sola confesión hecha con verdadera sinceridad. Ese amoroso tribunal fue instituido por Nuestro Señor Jesucristo, que está ávido de perdonar a quienes reconocen sus faltas con arrepentimiento y humildad, y está deseoso de derramar sobre él todo su amor.

No obstante, ¡cuántos son los que, en lugar de abrazar tal misericordia, desprecian, rechazan y, lo que es peor, incluso abusan de este inestimable sacramento de perdón! Que nosotros, por el contrario, nunca nos alejemos de la amistad con Dios; aunque si por desgracia caemos en pecado, no dudemos en correr presurosos al encuentro de aquel que, pese a ser Juez, acoge con amor divino a quien se presenta ante Él con corazón contrito. ✠



Qué gran milagro puede obrar una sola confesión, hecha con verdadera sinceridad

San Juan Bosco - Basílica de María Auxiliadora, Turín (Italia)

vorágine de fuego, he aquí que una hermosa Señora se interpuso entre él y los demonios, diciendo: «¡Dejadlo!, aún no ha sido juzgado».

Pero ¿cuál fue el motivo de tan horrible «sueño»? Por vergüenza,



Huésped bendito, mediante el cual Dios nos visita

Los que aceptan el sufrimiento consciente y claramente, con buena disposición, encuentran el secreto para penetrar en el alma de Nuestro Señor Jesucristo y unirse más a Él.

✠ Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

Una vez llegó a mis manos un artículo de periódico cuyo tema era la soledad. Se trataba de un reportaje acerca de un hombre con una fisonomía poco acogedora, que describía sus preferencias y estilos, afirmando tener tanto gusto por el aislamiento completo que había optado por no casarse, porque le horrorizaba la vida en común. Llevaba una existencia a solas, enteramente cerrado en sí mismo; no se interesaba por los demás y se moles-

taba cuando alguien entraba en su casa y tocaba sus objetos...

Leyendo tales afirmaciones me acordé enseguida de Dña. Lucilia. ¡Qué extremo opuesto! A sus 92 años se preocupaba por las personas que iban a visitar a su hijo, pues a menudo tenían que esperar a ser atendidas. Entonces, a fin de evitar que se angustiaran por el retraso, los invitaba al salón para hacerles un poco de compañía y así amenizarles la espera.

¿Dónde reside la diferencia entre estos dos tipos de almas?

Dos posturas de alma ante el dolor

Cuando analizamos su actitud hacia el prójimo, percibimos que existen dos posturas distintas ante el dolor. La primera es la de quien evitó la cruz, porque la consideraba indeseable, y se aferró al disfrute de la vida, buscando para sí mismo solamente lo más placentero; es decir, un egoísta. La segunda, por el contrario, es la de quien había abrazado la cruz con vistas al bien del prójimo. Podía ser que un día Dña. Lucilia se sintiera mal o que no hubiera dormido por la noche y quisiera estar recogida; pero se esforzaba por darse a los demás por completo, pues los amaba como a sí misma.

¡Ay de aquellos que son insensibles a las miserias y necesidades de sus semejantes y pretenden escapar del sufrimiento que han de afrontar! Si viven en paz, se engañan; y el engaño será su castigo. Tarde o temprano la cruz, cada vez más grande, los perseguirá y acabarán cargando en su caminar con otra mayor que la que les correspondía. Y después de pasarse la vida entre sinsabores y pseudoalegrías, lo más probable es que vayan al lugar del eterno sufri-



Reproducción

Hay un tipo de alma que vive cerrada en sí misma, sin importarle los demás, que busca el disfrute de la vida y es aversa a cualquier sufrimiento

«El pintor», de Aleksey Mikhailovich Korin - Galería Tretyakov, Moscú

miento, donde todo es amargura y loca frustración.

Sin embargo, alguien podría plantear la siguiente duda: ¿basta haber gozado de cierto bienestar en este mundo o de una gran consideración ante los demás para ser merecedor de un castigo infinito?

No. El problema no es tener posesiones o una buena condición. La riqueza, la abundancia, la carrera, la alegría, el prestigio o la admiración ajena no son, en sí, elementos de condenación, sino, al contrario, dones de Dios, los cuales encajan perfectamente incluso en la vida de un santo. El error reside en la manera en la que una persona los aprecia y en la intención con la que los busca.

Los voluptuosos, llenos de orgullo y sensualidad, que practican la injusticia y viven en el goce permanente, despreciando las leyes y rebelándose contra Dios, éstos son los que se convierten en reos de maldición, según las palabras del Señor en el Evangelio: «¡Ay de vosotros, los ricos!... ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados!... ¡Ay de los que ahora reís!... ¡Ay si todo el mundo habla bien de vosotros!...» (Lc 6, 24-26). Voluntaria y a sabiendas, sacrificaron en el altar de los lucros terrenales todos los bienes eternos que recibirían en la patria celestial.

Aquellos, no obstante, que aceptan el dolor de modo consciente y claro, con buena disposición de alma, encuentran el secreto para penetrar en el alma de Nuestro Señor Jesucristo y, cada vez que pasan por algún sufrimiento, saben que están más unidos a Él.

Beneficios del sufrimiento

Ahora bien, cabe preguntarse por qué el dolor es tan necesario. Una de las razones es que, sin él, la criatura olvida fácilmente su contingencia y se encierra en sí misma.

Muchas, muchísimas personas que disfrutaban de una vida llena de satisfacciones y delicias —sobre todo en el mundo moderno, dotado de máquinas que funcionan espléndidamente e in-



Sergio Miyasaki

Otras almas, sin embargo, son generosas aceptando el dolor y saben unirse más a Dios con cada sufrimiento por el que tienen que pasar

Monseñor João en 1997

merso en el ambiente enteramente colorido de las tramas cinematográficas y de la mentalidad del *happy end*—se acostumbran a la idea de que todo marcha de la mejor manera posible y van tendiendo a considerarse dioses.

Es lo que ocurrió con los ángeles malos, que quisieron apoderarse del trono del Altísimo inmediatamente después de su creación (cf. Is 14, 13-14), y también con nuestros primeros padres, cuando desearon ser como dioses (cf. Gén 3, 5).

Otra razón por la que la Providencia permite que seamos puestos a prueba es para que no lleguemos a caer en el relativismo y la negligencia por falta de vigilancia. Ya que estamos en una tierra de exilio, donde debemos practicar las virtudes con fortaleza, Dios quiere que nos convirtamos en firmes batalladores, para darnos más méritos.

En los Evangelios encontramos algunos episodios que sirven de lección en este sentido.

Los acicates del dolor

San Mateo narra que, estando Jesús a la mesa con publicanos y pecadores, se presentó el jefe de la sinagoga en el

salón del banquete para hablar con Él (cf. Mt 9, 18). Ahora bien, sabemos que a los ojos de los fariseos, estrictos formalistas, mezclarse con pecadores era algo ignominioso, y reprochaban al Señor y a los Apóstoles que comieran con gente así.

¿Qué movía a este hombre de elevada condición, cuyo oficio era instruir al pueblo en el respeto a la ley, a desafiar a la opinión pública y buscar al divino Maestro en tales circunstancias? ¿No podrían los fariseos —¡sus propios subordinados!— acusarlo de transgredir las costumbres y las prohibiciones morales? ¿No debía haberse quedado en la puerta y, con la autoridad que le confería su elevado título de prestigio, enviar a un criado a Jesús para pedirle que saliera? Se enfrentó a su entorno y tuvo un diálogo con el Señor en el salón del banquete. ¿Por qué? Porque su corazón estaba traspasado por una cruel aflicción: su única hija, una niña de 12 años a quien amaba, se estaba muriendo.

Es innegable que poseía una fe incipiente y que la fama de los numerosos milagros del Salvador, su luminosa santidad y su atrayente bondad lo habían tocado internamente. Pero fue la



El sufrimiento tiene un papel esencial en la vida del hombre, porque, además de purificarlo, hace que busque a su Creador

La resurrección de la hija de Jairo y la curación de la hemorroísa – Iglesia de San Andrés, Nuthurst (Inglaterra)

tormenta y la prueba las que solidificaron la confianza en su alma y le hicieron superar sus escrúpulos. Si no hubiera pasado por esa vicisitud, no se habría postrado ante el Señor y suplicado: «Ven tú, impón tu mano sobre ella y vivirá». La desgracia le hizo el beneficio de quitarle las escamas de sus ojos y abrirlos.

Un poco más adelante encontramos en el Evangelio la escena de la hemorroísa que llevaba doce años enferma y obtuvo del Señor una curación súbita (cf. Mt 9, 20-22). El magnífico acto de fe practicado por ella marcó la historia y beneficiará a la humanidad hasta el fin del mundo.

Esa mujer, que adoptó una actitud tan excelente, ¿se habría abierto paso a codazos entre la multitud y escabullido en medio de aquella gente, pasando por la tensión de tener que ocultar su humillante situación, según los conceptos de la época, si no fuera por el mal que la torturaba? ¿Habría tocado la capa del gran Taumaturgo con un ímpetu desconocido, misterioso, casi incomprensible, que sólo el dolor, el sufrimiento y la contingencia inspiran?

En ella, como en el caso del jefe de la sinagoga, se sumaban dos valores: por un lado, la necesidad y la angustia; por otro, la fe, la esperanza y la caridad. No obstante, cuando éstas son volubles e imperfectas, no queda otro recurso: son necesarios los acicates del dolor para ponerlas en movimiento.

El sufrimiento nos lleva a buscar a Dios

Con estos dos ejemplos comprendemos en profundidad el papel de suma importancia que el sufrimiento desempeña en la vida. El dolor corrige los pensamientos taimados, modifica los preconceptos y los criterios erróneos; libera al alma del amor propio y de los falsos puntos de honor; disipa la ira y el rencor, adecuando el espíritu en consonancia con el objetivo verdadero. El dolor ilumina al hombre para que sea consciente —e incluso se conven-

za— de su debilidad; le hace humilde y le ayuda a adquirir seriedad.

¡Qué admirable es la sabiduría de Dios en el curso de los acontecimientos! ¡Cuánto beneficio ha hecho el dolor sobre la faz de la tierra! ¡Cuántas gracias no se han obtenido a causa de él! ¡Cuántas veces los oscuros rasgos de un fracaso bien aceptado se han transformado en doradas luces! ¡Y cuántas veces las frías losas de una catedral, de una iglesia o de un oratorio han sido calentadas por las rodillas de los que sufren! Si no hubiera padecimientos, estas piedras serían frecuentadas sólo de vez en cuando, con una rápida genuflexión...

El dolor es un huésped bendito, un elemento de amistad, un don de Dios a través del cual Él nos visita a menudo. Hace que el hombre hinque las rodillas y permanezca ahí, implorando ahí, volviéndose al Señor ahí, uniéndose a Él ahí. El dolor ayuda a la criatura a elevar las manos en busca del Creador y juntarlas para pedirle que la arranque de su insuficiencia y la conduzca a donde el perfecto amor la llevaría.

Un medio para probar nuestro amor

Aquí encontramos una razón más para que Dios nos envíe pruebas: darnos la oportunidad de mostrarle con actos y gestos concretos, practicados con desapego y total desinterés, que le amamos de verdad.

El amor está por encima de todo; más fuerte que el dolor. Un gran amor vale más que un gran dolor.

Nuestro amor debe ser tal que las enfermedades, los reveses de la fortuna, las calumnias, los malos tratos, el trabajo excesivo, los disgustos y contratiempos en las obras de apostolado, las ingratitudes, las arideces espirituales..., en fin, todos los sacrificios que nos mande la mano de la Providencia, los recibamos de buen grado, con coraje y grandeza de ánimo, porque así nuestra intimidad y unión de alma con Nuestro Señor Jesucristo

crecerá y se acrisolará nuestro entusiasmo y fervor.

He ahí el pilar de nuestra vida interior: una renuncia completa, llena de felicidad; un tormento delicioso; drama y ventura entrelazados, avivándose uno al otro en vez de excluirse. Pues lo que importa es tener ese amor, sabiendo consultar, ante todo y en todas las circunstancias, los intereses divinos por encima de nuestros caprichos y preferencias, dispuestos a dejarnos crucificar, si fuera necesario. Teniendo amor, nada nos faltará y conquistaremos la gloria.

El Hijo sufrió porque el Padre quería darle toda la gloria

En primer lugar, hemos de tener presente el ejemplo de Nuestro Señor Jesucristo. Durante su vida terrena encontró entre el pueblo judío una completa falta de respuesta al anuncio del Reino de Dios, que más tarde culminaría con la pasión.

En este supremo trance se enfrentó a los dolores de la flagelación, de la coronación de espinas y de la perforación de los clavos. Fue convertido en un gusano, y tenía tantas heridas abiertas en su cuerpo que se podían contar todos sus huesos (cf. Sal 21, 7.18). Después de su muerte, lo atravesaron con una lanza, de modo que no quedó sangre en su cuerpo.

Y todavía hubo un tormento peor que los físicos: fue presentado ante el populacho, los soldados y los verdugos como un criminal, cargado de los pecados de toda la humanidad. Y Jesús aceptó esas injurias como merecidas, sin ninguna queja o rebelión, sin ninguna muestra de insatisfacción.

Si cualquier gesto suyo, incluso hasta un parpadeo, tenía una dimensión infinita y sería suficiente para reparar todas las faltas cometidas contra Dios, ¿por qué entonces soportó sobre sí todas esas llagas? ¿Por qué Él, Supremo Bien, tuvo que entregar su sangre y mo-

rir en la cruz entre dos ladrones? ¿Por qué el Padre no se conmovió al oír la oración que su Unigénito le dirigía en su naturaleza humana: «Tú lo puedes todo, aparta de mí este cáliz. Pero no sea como yo quiero, sino como tú quieres» (Mc 14, 36)?

Porque, habiéndose el Hijo encarnado para obrar la Redención, el Padre quería para Él, en cuanto hombre, todos los méritos. Y pasando por esa hora terrible, en la que el poder de las tinieblas parecía vencedor, y sintiéndose abandonado por el propio Dios sería cuando Él, después del grito triunfal, *Consummatum est*, alcanzara la gloria plena y total.

Se cumplían entonces sus divinas palabras: «Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del hombre. En verdad, en verdad os digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto» (Jn 12, 23-24). De la semilla del aislamiento, del fracaso y de la aparente quiebra, lanzada al fondo de la tierra, brotarían verdaderas maravillas de santidad a lo largo de los siglos, que son, sin embargo, tímidos crepúsculos de las que aún vendrán en el futuro.

Abracémonos a la Virgen para sufrir con alegría

Cuando nos encontramos con las dificultades y sentimos las garras del sufrimiento atenazándonos; cuando lleguen los desastres, los dramas y las tragedias; cuando nos sentimos fracasados; cuando estemos ante obstáculos de orden natural y preternatural, no debemos asustarnos ni sorprendernos.

Lejos de adoptar una actitud cobarde ante el dolor, cayendo interiormente en el desánimo o incluso en la murmuración contra Dios, arrodillémonos y bendigamos todos los males y sufrimientos que nos sobrevengan. A ejemplo del Redentor, pidamos fuerzas para beber la última gota del cáliz del dolor y para tener el valor del caba-

llero que, sin retroceder jamás, lleva su cruz al final.

En la medida en que la tierra, el polvo y la negrura caigan sobre nosotros, podremos germinar y participar de esa fecundidad del Señor y de la capacidad divina que le dio a María, al pie de la cruz, de fructificar como madre. A Ella, semilla pequeña y a primera vista despreciable, tan apagada y poco comentada, le fue entregada toda la humanidad como hija, en la persona de San Juan (cf. Jn 19, 26).

Abracémonos a la Virgen para sufrir con alegría y alcanzar rápidamente las riquezas y maravillas sobrenaturales, junto a las que conoceremos «lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» (Ef 3, 18) del amor de Jesús. Que nuestra voluntad se enamore de una mística ebriedad de amor por la cruz. Que sea, de hoy en adelante, nuestra bandera, el estandarte que nos extasíe y embriague hasta el último suspiro de la vida.

La previsora bondad de Dios se hará más clara cuando pasen las nubes de la tormenta y veamos el límpido firmamento de una noche estrellada, o más bien, el cielo azulado de un sol que empieza a nacer para la implantación del Reino de María. ✚

Fragmentos de exposiciones orales pronunciadas entre 1990 y 2009.



El sufrimiento – Una explicitud pliniana: la «sufritiva»

Aprender a sufrir

El mito de la felicidad terrenal sin padecimientos es, para el Dr. Plinio, una de las mayores causas de los desequilibrios psicológicos contemporáneos. Sólo la visión católica del sufrimiento puede consolar plenamente al alma humana.



✠ P. Leandro César Ribeiro, EP

Existe una vastísima bibliografía acerca del asunto *sufrimiento*. Ríos de tinta, sacra y profana, fluyeron junto a los ríos de sangre, sudor y lágrimas que los hombres han derramado desde que Adán y Eva salieron del paraíso terrenal. Descubrir el origen del universo, de dónde venimos y adónde vamos, siempre ha sido una ingente cuestión. Pero reconocer el origen y la finalidad de nuestros sufrimientos y aprender a soportarlos nos parece igualmente importante.

La noción católica del sufrimiento no tiene parangón: fue enseñada por el

mismo Dios crucificado, que se hizo pecado en favor nuestro (cf. 2 Cor 5, 21) —he aquí el origen más evidente del sufrimiento, el castigo por el pecado original—, y que nos reveló su suprema finalidad: «Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15, 13).

Destilando de la doctrina sagrada el néctar más precioso y exponiéndolo a la luz de su don de sabiduría, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira describió el alma humana situada ante esta perspectiva y, para ello, acuñó el término «sufritiva».

Así pues, a partir de fragmentos de distintas conferencias que impartió entre 1960 y 1990, invitamos al lector a

considerar, *à vol d'oiseau*, algunas de sus explicitudes al respecto.

La «sufritiva»

Una reflexión más profunda sobre el tema comenzó cuando el Dr. Plinio tenía tan sólo 12 años, observando el singular efecto equilibrante y ordinativo que el sufrimiento ejercía en el alma de su madre, Dña. Lucilia.

Pero, aún en su adolescencia, al toparse con la trágica figura bíblica del santo Job fue cuando creó la mencionada expresión.¹

La «sufritiva» es, por tanto, «un cierto límite que está en la naturaleza del hombre, más allá del cual Dios no le pedirá nada, porque lo hizo circunscrito a él y, si le exigiera más, dilaceraría a su criatura. [...] Ése fue el límite que Satanás no pudo transgredir, de lo contrario Job moriría. Ése fue el límite que Dios también respetó...».² En este sentido, la «sufritiva» de Job —es decir, su capacidad de sufrir— fue llevada hasta el final, alcanzó el ápice.

Ahora bien, «desde cierto punto de vista, todo hombre, en relación con su propia “sufritiva”, es un Job. Y Dios, cuando se trata de un hombre recto y bueno, le hace sufrir en casi toda la medida de su “sufritiva”».³

Por lo tanto, Él pone esos límites para que los hombres puedan colaborar

La noción católica del sufrimiento no tiene parangón: la enseñó el propio Dios crucificado, que se hizo pecado en favor nuestro

Crucifixión de Cristo - Iglesia de la Santa Cruz, Kiefersfelden (Alemania)

Rufus46 (CC by-sa 3.0)





Job en la miseria, de Jean Fouquet - Libro de Horas de Étienne Chevalier, Museo Condé, Chantilly (Francia)

en el plan de la salvación. De algunos dice: «¿Te has fijado en mi siervo Job?» (cf. Job 2, 3). Y usa los méritos de éstos en unión con la preciosísima sangre de su divino Hijo. El Dr. Plinio pone un ejemplo: «Cuando las almas llamadas a esta donación lo dan todo en un país, se eleva de este país al trono del Altísimo un incienso de agradable olor, que le inclina a hacer lo que ellas desean».⁴ De modo que hay «una acción de los hombres para hacer retroceder o avanzar el plan divino en la historia que depende mucho de la acción humana... Dios como que se deja condicionar por los hombres».⁵

Un «fraude psíquico»: el mito de una vida sin sufrimiento

La «sufritiva», sin embargo, no es una postura meramente pasiva, como podría parecer a primera vista. Todos los hombres —incluso los más reacios al dolor— no sólo llevan en el alma esa capacidad de sufrimiento, sino que también poseen, en virtud de ella, una

necesidad real de sufrir, connatural a la condición humana.

Como nos explica el Dr. Plinio, es un mito pensar que puede organizarse una vida sin padecimientos en esta tierra. Dicho mito se basa en la ignorancia de este hecho fundamental, centro de la psicología humana: «En cada alma humana, en virtud del pecado original, existe una como que “sufritiva” [...]. Es decir, una especie de necesidad-capacidad de sufrir que, cuando no se agota con el sufrimiento efectivo, provoca una frustración mayor y hace sufrir más que el propio sufrimiento. De manera que, en última instancia, la forma menos desagradable de llevar la vida sigue siendo sufrir».⁶

Tales afirmaciones parecen arrojar luz sobre un centenar de trastornos que aquejan al hombre contemporáneo, tan poco acostumbrado a aceptar el dolor como obligado compañero de su existencia terrena.

«Creo —continúa el Dr. Plinio— que una de las razones más profundas de los desequilibrios modernos no es

Al toparse con la trágica figura bíblica de Job fue cuando el Dr. Plinio creó la expresión «sufritiva», que es la capacidad de sufrir del hombre

tanto que las personas no sufran; porque sufren y sufren mucho. Sino que acaban formando en su mente la idea de que es posible llevar una vida sin sufrimiento. Y luego inauguran una serie de fraudes psíquicos para vivir como si no sufrieran. Entonces se establece un régimen de eterno engaño, un régimen de falsificación psicológica, cuyo efecto es necesariamente un desequilibrio mental», porque «la felicidad de la vida consiste en sufrir con peso, número y medida en vista de un determinado fin y en tener el buen sufrimiento que justifica ese fin».⁷

Y el Dr. Plinio concluye: «¿Quieres una vida de infierno? Te doy la receta enseguida: evita sufrir».⁸

El sufrimiento es inherente a la condición humana

Las descripciones del Génesis nos presentan al hombre en el paraíso exento de cualquier forma de dolor. Ningún rasguño, insomnio o constipado lo amenazan. Ni siquiera la muerte lo asusta, pues los dones de impasibilidad e inmortalidad les confieren a Adán y Eva una naturaleza verdaderamente excelsa.

Aunque un sufrimiento sí que había, según el Dr. Plinio: el propio estado de prueba.

Por supuesto que la condición de sufridor se incrementó considerablemente tras el pecado original, pero, a pesar de ello, el hombre «fue creado en estado de prueba y es normal que, en con-



Una madre junto al lecho de su hijo, de Albert Anker

secuencia, exista algo en lo hondo de su ser que le haga sentir vagamente que si no es probado no ha vivido. Y a causa de esto siente al mismo tiempo horror a la prueba y necesidad de ella».⁹

Entonces, el Dr. Plinio se preguntaba si Adán y Eva, e incluso los propios ángeles, tenían conocimiento de la inminencia de la prueba. Y respondía que si la hubieran conocido «habrían deseado que llegara el momento, para que en el dolor de la prueba —no sería una prueba si no hubiera dolor que aceptar— pudieran alcanzar una perfección de ordenación que les era necesaria para ser ellos mismos».¹⁰ Para el Dr. Plinio,¹¹ la prueba de los ángeles, por ejemplo, era imprescindible para que los espíritus angélicos adquirieran el grado de perfección para el que habían sido creados.

Las razones expuestas serían, en sí mismas, suficientes para demostrar el desacierto, lamentablemente tan generalizado hoy en día, de una educación llevada a cabo fuera de la perspectiva del sufrimiento. ¿Cuántos padres —por hablar sólo de la vida familiar— podrían evitarles inmensas frustraciones a sus hijos si no fomentaran en ellos falsas ilusiones acerca de las dificultades y penurias inevitables de la existencia humana?

«Cuando amamos mucho a alguien, tenemos como un gusto por sacrificar en su beneficio algo que significa mucho para nosotros»

El amor y la cruz

Al ser herederos del pecado original y portadores de culpas actuales, nuestra «sufritiva» —por emplear ya libremente el término acuñado por el Dr. Plinio— tiene un carácter expiatorio y reparador. Pero hay también otro aspecto que conviene subrayar.

Quien ama el bien sufre. Y sufre «como prueba de amor a Dios generosa, desinteresada, porque no hay manifestación de amor sin sufrimiento».¹²

Sabemos, pues, que los sufrimientos expiatorios del divino Redentor —la mayor prueba de amor que podría ofrecernos— sirvieron para rescate de toda la humanidad. Tuvieron, por tanto, un carácter reparador por excelencia

y significaron la culminación del amor de Dios, amor incomprensible, desmesurado, inabarcable, por sus pobres criaturas.

Tal es el «carácter sacrificial» del dolor, muy simbolizado en los holocaustos de la antigua ley: «Cuando amamos mucho a alguien, tenemos una especie de gusto —un gusto recto, virtuoso, conforme al buen orden de las cosas— por sacrificar en su beneficio algo que significa mucho para nosotros».¹³

¿Quién no admira la actitud de un padre que trabaja duramente para garantizar el sustento de sus hijos y su esposa? ¿Y quién no se conmueve al contemplar a una buena madre que sacrifica sus horas de sueño junto a la cama de un hijo enfermo, olvidándose por completo de sí misma y dispuesta a cualquier sacrificio por el bien de su pequeño? Estos ejemplos nos ayudan a darnos cuenta de que incluso los acontecimientos corrientes de una vida común pueden adornarse con notas de nobleza y heroísmo, siempre que se sepa abrazar con amor la cruz que Dios pone sobre nuestros hombros.

¿Cuánto y cómo sufrir?

Si huir del sufrimiento es un grave error, también lo es correr tras él sin una medida de prudencia. Al tratar de cumplir con nuestros deberes como padres, hijos, religiosos, profesores, estudiantes, esposos —sea cual fuere nuestra condición—, el Señor nos enviará los padecimientos en la proporción necesaria para nuestra santificación. El Dios que hiere, cura la herida (cf. Job 5, 18). En otras palabras: envía la enfermedad y prepara el lecho.

Sufrir con espíritu católico es tener un corazón confiante y saber regocijarse en los consuelos, como verdaderos hijos de Dios. La convivencia familiar, los legítimos deleites de los sentidos, la belleza de la naturaleza, los atractivos espirituales del arte son sonrisas del Creador para consuelo de las almas en este valle de lágrimas.

Sobre todo, por muy misteriosos que nos parezcan los designios específicos de Dios, al comprender las razones más elevadas de todo lo que ocurre en nuestro itinerario terrenal acabaremos viendo en el dolor una fuente de felicidad.

Hay una gran sabiduría en la aceptación de los sufrimientos. Y no nos referimos principalmente a los grandes padecimientos. Poner límites a nuestra alimentación, no querer ser admirado, aceptar en silencio las pequeñas humillaciones, no buscar siempre la mayor comodidad, tal o cual esfuerzo físico prescindible..., ¡cuánto creceríamos si aprovecharíamos estas ocasiones para mortificar nuestro egoísmo!

Por otra parte, muchos huyen del sufrimiento tan benéfico de una pequeña meditación, de la liberación del ajetreo para conseguir unos minutos de silencio que rápidamente se vuelven tan placenteros. Otras escapan del dolor mediante un «optimismo

sistemático» y viven como si el mal y el error no existieran, llegando a tal falta de perspicacia y lucidez que el Dr. Plinio no duda en calificarla de «obesidad mental».¹⁴ Y otros, en casa o en la escuela, fracasan en la sagrada misión de enseñar porque siguen el principio de que nunca se debe hacer sufrir y abandonan así una sana disciplina y exigencia...

Pedir la gracia de sufrir

En resumen, sufrir bien confiere nobleza y garantiza oxígeno para la virtud, ordena la mente e inspira buen genio y humor, da sentido a la vida, repara nuestras ofensas, restaura la inocencia, permite mostrar nuestro

amor, obtiene gracias para el Cuerpo Místico de Cristo y mueve la historia de la humanidad.

Huyamos de este gran fraude moderno: el mito de la felicidad terrena exento de dolor y de lucha.

Y concluimos con esta hermosa reflexión del Dr. Plinio: «Si alguien quiere hacerse una idea de hasta qué punto Dios lo ama, debe medirlo por la cantidad de sufrimiento que recibe. Y si recibe poco, debe decirle a Nuestra Señora: “Madre mía, muy poco puedo hacer, soy enclenque, pero, en la medida de mi debilidad, no te olvides de mí. Porque nadie sabe, si vivo eternamente sin sufrimiento, qué cuentas rendiré a tu divino Hijo”».¹⁵ ✚

*Sufrir bien confiere
nobleza, ordena la
mente, da sentido a la
vida, repara nuestras
ofensas, restaura la
inocencia y permite
mostrar nuestro amor*



Reproducción

Santa Teresa del Niño Jesús en agosto de 1897

¹ En una conferencia pronunciada el 23 de mayo de 1964, el Dr. Plinio justificaba la elección del término «sofritiva» por su similitud fonética con la palabra «cogitativa», una potencia del alma de la que Santo Tomás de Aquino se ocupa en el ámbito de lo que hoy se considera su teoría del conocimiento, responsable

de captar los objetos no sensibles, como lo útil o lo nocivo.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 30/4/1995.

³ *Idem, ibidem*.

⁴ *Idem, ibidem*.

⁵ *Idem, ibidem*.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 23/5/1964.

⁷ *Idem, ibidem*.

⁸ *Idem, ibidem*.

⁹ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 26/2/1986.

¹⁰ *Idem, ibidem*.

¹¹ Cf. CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 30/10/1974.

¹² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 23/5/1964.

¹³ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 3/7/1982.

¹⁴ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Charla*. São Paulo, 23/5/1964.

¹⁵ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 21/1/1970.



Llamados a ser corredentores

¿Necesita el Hombre-Dios colaboradores que completen su pasión? ¿Realmente podemos consolarlo en sus dolores, incluso viviendo siglos después de su ascensión al Cielo?



✠ **Hna. María Teresa de Melo Aquino**

Corría el año 1177. Antes de la batalla de Montgisard, el sublime gesto de un rey reconfortó a Nuestro Señor Jesucristo y logró la victoria para los cristianos.

Cuando divisó el ejército enemigo, Balduino IV no mostró miedo ante la terrible y evidente desproporción de fuerzas: más de cien mahometanos por cada cruzado. Sólo tenía 16 años y ya a esa temprana edad estaba consumido por la lepra. Apeándose de su caballo, se postró rostro en tierra, al pie de la reliquia de la verdadera cruz que precedía a sus combatientes, para implorar la protección del Salvador. Al incorporarse, todos vieron que sus mejillas, tumefactas por la enfermedad, estaban bañados en lágrimas.¹

Al saber de este hecho, el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira comentó: «Nuestro Señor Jesucristo, clavado en la cruz, conocía todo el futuro. Y, en medio de las innumerables tristezas que ese futuro le causaba, conocía el destino que tendría cada fragmento de aquella cruz que Él estaba volviendo sagrada con su sacrificio. [...] El divino “Leproso” [...] previó que uno de los fragmentos de esa cruz sería adorado por un hijo leproso en el desierto. [...] Vio la adoración “angélica” de ese hombre y se consoló. [...] Balduino arrancó algo parecido a una sonrisa de los pobres labios “leprosos” de Nuestro Señor expirante».²

Dejemos en suspenso esta conmovedora escena y contemplemos otra. Ahora, ya no en un escenario bélico, sino en un campo de batalla distinto: un monasterio.

Sor Josefa Menéndez, que vivió a finales del siglo XIX y principios del XX, fue un alma favorecida por frecuentes visiones del Señor. En una de esas ocasiones, le mostró a la vidente su divino Corazón con tres nuevas llagas y le explicó que había ido a pedirle, mediante sacrificios y oraciones, que ella le devolviera a tres sacerdotes que lo habían abandonado. La religiosa pasó días inmersa en un gran sufrimiento y lo ofreció todo hasta recuperar a esas almas.³

Si meditamos un poco acerca de estos dos episodios, en nuestro interior seguramente surgirán algunas preguntas, como la de si los sufrimientos que padeció el Hombre-Dios no fueron suficientes para que, a lo largo de la historia, necesitara colaboradores que contemplaran su sacrificio redentor. ¿Realmente podemos consolarlo en su pasión, aunque vivamos siglos después de su ascensión al Cielo?

Llamados a ser corredentores

Recorriendo la vida de los santos, podemos constatar cómo el reino de los Cielos está poblado por hombres y mu-

De lo alto de la cruz, el Señor vio y fue consolado por la adoración de Balduino, hecha antes de la batalla

«Batalla de Montgisard», de Charles-Philippe Larivière - Palacio de Versalles (Francia)



jeros de todas las razas, naciones, lenguas y edades. En esta tierra fueron nobles o humildes siervos; algunos dotados de indecible sabiduría, otros casi ignorantes. El magnífico jardín del Señor, en la hermosa expresión de San Agustín,⁴ se compone no sólo de las rosas de los mártires, sino también de los lirios de las vírgenes, la hiedra de los casados, las violetas de las viudas; y en esta diversidad encontramos un denominador común que no le faltó a ninguno de los bienaventurados: el amor al sufrimiento.

Cada cual en su época, según su estado, su vocación, sus carismas y dones, siguió con total fidelidad el mandato del Señor: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga» (Lc 9, 23). Y ahora puede ser reconocido con el insigne título de *corredentor*.

¿Corredentor? Sí —¡no es una exageración!—, y esto no se aplica solamente a quienes ya forman parte de la Iglesia gloriosa, sino que es una invitación para cada uno de nosotros. El P. Royo Marín,⁵ en su obra *Jesucristo y la vida cristiana*, aborda este tema con la claridad y sencillez que le caracterizan, como veremos a continuación.

El sacerdocio de todo bautizado exige sacrificio

El acto esencial de todo sacerdote es el sacrificio. Nuestro Señor Jesucristo, sumo y eterno Sacerdote, lo ejerció inmolándose en el altar de la cruz; sus ministros, sacerdotes por participación en su sacerdocio mediante el sacramento del orden, desempeñan esta función principalmente en la celebración eucarística, que es la renovación incruenta del sacrificio del Calvario. ¿Y cómo sucede esto con los demás fieles que, de alguna manera, también participan del sacerdocio de Cristo por el bautismo?

Reproducción



Dios dispuso que los bautizados completaran, con sus padecimientos, la misión salvadora del Verbo Encarnado

Sor Josefa Menéndez

Del mismo modo que Dios confió a los hombres la misión de completar las bellezas de la creación, sin que por ello se pudiera pensar que fueron mal hechas, dispuso igualmente que los bautizados completaran, con sus sufrimientos, la misión salvadora del Verbo Encarnado, según las palabras de San Pablo: «Completo en mi carne lo que falta a los padecimientos de Cristo, en favor de su Cuerpo que es la Iglesia» (Col 1, 24).

La pasión de Nuestro Señor Jesucristo tiene méritos infinitos y es enteramente suficiente para rescatar a todo el género humano. A este respecto, nadie puede añadirle nada. Pero, por indecible bondad, el Salvador «quiere ser ayudado [...] en el desarrollo de su misión redentora»⁶ y, por eso, ofrece a los bautizados una cuota en ese rescate.

«Completo en mi carne»

Ese *completar* la pasión puede llevarse a cabo de dos maneras:

Primero, por la *aplicación de los méritos de la pasión*. El Señor confió a la Iglesia el inmenso tesoro de la redención y para distribuirlo, no solo quiere la participación de su divina esposa, sino la contribución de los bautizados: «Que la salvación de muchos dependa de las oraciones y voluntarias mortificaciones de los miembros del Cuerpo Místico de Jesucristo, dirigidas a este objeto».⁷

Por otra parte, a través de los *padecimientos de los propios miembros del Cuerpo Místico*. Cuando Jesús se ofreció como víctima en el Calvario, lo hizo como cabeza de su Cuerpo Místico, presentando al Padre todos los demás miembros, y por eso su pasión continúa en ellos a lo largo de los siglos. «Nos contemplaba en cada uno de los momentos de nuestra vida, conocía nuestras actitudes, nuestras re-

soluciones, nuestras faltas, nuestras plegarias. Nada escapaba a su mirada. [...] Jesucristo, nuestra adorable cabeza, era consolado y sostenido por el espectáculo de todos sus miembros. En esta intimidad de pensamientos con todos nosotros padeció su horroroso martirio. [...] Para Dios, ante quien todo aparece en un eterno presente, el homenaje de la víctima santa se presentaba ya acrecentado por todas las expiaciones del futuro».⁸

Ningún sufrimiento tiene, por sí solo, un poder santificador. En el Calvario, además del Redentor, había otros dos condenados, y conocemos cuál fue la actitud del mal ladrón que allí blasfemó (cf. Lc 23, 39). Si miramos a nuestro alrededor, vemos sufrimiento por todas partes, pero eso no significa que el mundo esté lleno de santos. El único dolor capaz de santificar es el soportado pacientemente por amor a Dios y en unión con los infinitos méritos del Señor. Lamentablemente, son innumerables las almas que desconocen el valor

y la sublimidad del dolor afrontado de este modo!

«En favor de su Cuerpo que es la Iglesia»

En el cuerpo natural, cada parte tiende al bienestar de todo el conjunto; en la Santa Iglesia, de manera análoga y más sublime, también existe una mutua dependencia entre los miembros. Es lo que se conoce como *comunión de los santos*: el mérito adquirido por un miembro enriquece a toda la Iglesia y, *contrario sensu*, toda gracia coartada en alguna parte de ese Cuerpo Místico lo afecta en su totalidad.

A todos, Dios les concede los medios necesarios para alcanzar el Cielo. Pero a menudo condiciona las gracias superabundantes —las cuales confieren a esos medios su eficacia— a la cooperación de los méritos de los demás.⁹ En este sentido, podemos ser ocasión de gracia para los otros, en cuanto estemos abiertos a las gracias que Dios quiere concedernos a través de los intercesores que Él mismo establece en nuestro camino.

También por ese motivo los actos y, sobre todo, los sufrimientos de cada bautizado, cuando se ofrecen en unión con los méritos infinitos de la pasión de Cristo, pueden tener un valor expiatorio por los propios pecados y un valor corredentor para ayudar a los demás miembros del Cuerpo

Místico. Y es así como se puede realmente consolar al Señor en sus padecimientos y ayudarlo en la salvación de las almas.



Gustav Kralj

Los sufrimientos, cuando se ofrecen en unión con los méritos infinitos de la pasión de Cristo, pueden tener un valor expiatorio y corredentor

Abrazo de San Francisco de Asís al Crucificado - Gruta de la Leche (Israel)

Apostolado al que todos estamos llamados

Así pues, tenemos en nuestras manos una verdadera arma de conquista. ¡Sepamos utilizarla! En la santa misa, el sacerdote vierte en el cáliz lleno de vino una gota de agua, como exigen las rúbricas. Entre otros simbolismos,

representa el sufrimiento humano unido al del Hombre-Dios. ¡Y a este apostolado todos estamos llamados! Seamos, por tanto, generosos y unamos nuestros sufrimientos, junto con las lágrimas de la Santísima Virgen, a la preciosísima sangre de Jesús, para que la pasión tenga toda su eficacia en las almas.

Para ello, no necesitamos vivir a la caza del sufrimiento. El dolor llama a nuestra puerta en todo momento; basta aceptarlo con paz de alma y aprovechar cada oportunidad para ofrecerle a Dios los pequeños sacrificios de la vida diaria. En este sentido, es precioso un consejo del Dr. Plinio: «Cuando, por ejemplo, tengo que realizar una tarea desagradable, aburrida, y no me apetece hacerla, si es mi deber, la hago ¡y con ímpetu! [...] Pero si tengo que realizar una tarea agradable, no la prefiero nunca: dejo pasar primero el impulso y la hago después. [...] Alguien dirá: “Pero, Dr. Plinio, eso es una cosa muy pequeña”. Yo le respondo: “Hacer muchas cosas pequeñas como ésa es inmensísimo. ¡Y debemos hacerlas!”».¹⁰

Pidámosle a Nuestra Señora, *Virgo Fidelis*, que nos haga fieles a las cruces que la Providencia nos envía, cumpliendo con generosidad nuestra misión de corredtores. Así, corresponderemos al amor sin límites del que hemos sido objeto en la pasión y contribuiremos a la plena realización de todos sus efectos. ✠

¹ Cf. BORDONOVE, Georges. *Les Croisades et le Royaume de Jérusalem*. Paris: Pygmalion Gérard Watelet, 2002, p. 281.

² CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. *Conferencia*. São Paulo, 21/10/1972.

³ Cf. MENÉNDEZ, RSCJ, Josefá. *Un llamamiento al amor*. México: Patria, 1949, pp. 126-140.

⁴ Cf. SAN AGUSTÍN. *Sermo CCCIV*, c. 2: PL 38, 1396.

⁵ Cf. ROYO MARÍN, OP, Antonio. *Jesucristo y la vida cristiana*. Madrid: BAC, 1961, pp. 573-581.

⁶ Pío XII. *Mystici Corporis Christi*, n.º 19.

⁷ *Idem, ibidem*.

⁸ GRIMAUD. «Él y nosotros: un solo Cristo», *apud* ROYO MARÍN, *op. cit.*, p. 574.

⁹ Cf. PLUS, Raúl. «Cristo en nuestros prójimos», *apud* ROYO MARÍN, *op. cit.*, p. 577.

¹⁰ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio. «Termômetro do verdadeiro fervor». In: Dr. Plinio. São Paulo. Año XXVI. N.º 306 (set, 2023); pp. 31-32. Véase la transcripción de ese artículo en la sección «Un profeta para nuestros días», de este número de la revista.



Una necesidad humana

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

§1505 Por su pasión y su muerte en la cruz, Cristo dio un sentido nuevo al sufrimiento: desde entonces éste nos configura con Él y nos une a su pasión redentora.

Hay personas para las que cualquier contratiempo es un desastre. Sin embargo, el adorable Señor Jesús elevó el papel del dolor en la vida humana a cotas inimaginables, pues lo convirtió en un elemento para que el hombre cumpliera su finalidad en su camino terrenal: configurarse con Cristo, nuestro Redentor, Modelo y Guía.

Algunos piensan erróneamente que el sufrimiento entró en el mundo sólo como consecuencia del pecado original. Es cierto que experimentamos muchas fatigas debido a la falta de nuestros primeros padres (cf. Gén 3, 16-19)... No obstante, mucho más allá de esta contingencia, las dificultades constituyen, en las numerosas situaciones paradójicas en que se presentan, una necesidad para el pleno desarrollo de la criatura inteligente en estado de prueba. Y a estos dos factores se suman, finalmente, el desprecio, los insultos y las contrariedades promovidos por el príncipe de las tinieblas y sus secuaces (cf. 1 Pe 5, 8), en su odio contra quien observa los mandamientos divinos.

Hay, entonces, tres fuentes de amargura para el fiel: las consecuencias del pecado original, el estado de prueba de esta vida mortal y la maldad diabólica o humana.

¿Cómo podemos resistir a tanta adversidad? ¿Acaso hemos nacido únicamente para abrazar una existencia sin sentido? Enseñando «la ciencia de la santidad», Mons. Josep Torras i Bages,



Francisco Lecaros

Quien no conociera el sufrimiento no conocería la vida, pues el dolor es parte esencial de ella

San Bernardo con los instrumentos de la pasión

obispo de Vic, fallecido a principios del siglo XX, señala que «el sufrimiento o la contrariedad son un ingrediente tan íntimo en la presente vida terrenal, que sin él ésta se vuelve fastidiosa y hasta insoportable», pues «el sufrir enseña; y quien no lo conociera no conocería la vida en toda su realidad, porque el sufrimiento es parte imprescindible de ella».¹

En la gruta de Belén y en el Gólgota se manifiesta con fulgor el desmesu-

rado afecto divino por nosotros. Dios se hace pequeñito y nace de la Virgen inmaculada; sin embargo, su recorrido por los caminos y senderos de Tierra Santa tiene una meta: ¡la cruz! Y los percances, las luchas y las dificultades por las que pasamos son un poderoso auxilio para configurarnos al Corazón amoroso de Jesús sufriente. En efecto, el Padre celestial nos quiere semejantes a su Hijo, colaboradores en la edificación de la Santa Iglesia y en la salvación de las almas.

Dejemos que el divino Orfebre nos labre con ternura, para que, como una pequeña gota de agua unida a la sangre preciosa de Jesús, lleguemos aurificados a la gloria eterna, como bien nos lo recuerda la santa de la *pequeña vía*: «La santidad no consiste en decir cosas bonitas, ni siquiera en pensarlas, en sentir las... Consiste en *sufrir* y sufrir *de todo*. ¡Santidad! Hay que conquistarla a punta de espada, hay que *sufrir*... ¡Hay que *agonizar*!... Llegará un día en que las sombras desaparecerán, y entonces sólo quedarán la alegría y la embriaguez... ¡Aprovechemos nuestro único momento de sufrimiento!... ¡No veamos más que cada instante!... Un instante es un tesoro...».² ✠

¹ TORRAS I BAGES, Josep. «La ciència del patir». In: *Obres completes*. Barcelona: Abadía de Montserrat, 1989, t. VI, pp. 400-401.

² SANTA TERESA DEL NIÑO JESÚS. *Carta 89*. A Celina, 26/4/1889.



Termómetro del verdadero fervor

El alma que ha tomado la resolución de cumplir con su deber sin titubear, incluso cuando para ello tenga que pasar por todas las dificultades y sufrimientos, sólo ella es la verdaderamente fervorosa.

✠ Plinio Corrêa de Oliveira

En una de las casas de nuestro movimiento, hay una fotografía muy bonita de un paseo de árboles. No es tan exuberante como el bosque de Fontainebleau, ni mucho menos, pero es una hermosa arboleda, digna, bien cuidada y agradable a la vista. Hay unos bancos de piedra, sin respaldo, a ambos lados del camino, invitadores a sentarse bajo aquella sombra visitada por fracciones de sol. Es un sendero recto y largo, del que no se ve el final. Tengo la impresión de que es una alameda del convento de Lisieux, donde Santa Teresa del Niño Jesús redactó parte de *Historia de un alma*.

Qué bello es pensar en Santa Teresita escribiendo su propia historia con su letrita diminuta, vestida con el hábito carmelita y sentada bajo los rayos de sol de aquella arboleda, y en cierto momento oír la exclamar: «¡Qué dulce es la vida religiosa!». Lo más curioso es que, de hecho, es dulce —sólo ella tiene dulzuras, y dulzuras que la vida en el siglo no tiene—, pero si recordáramos cuánto le pidió Nuestra Señora a Santa Teresita en materia de sufrimiento y cuánto ésta le dio, entonces entenderíamos la batalla que comporta la vida religiosa.

Víctima expiatoria al amor misericordioso de Dios

Santa Teresita recibió una invitación de la gracia para ser víctima expiatoria

al amor misericordioso de Dios. Considerando que éste era tan poco comprendido y tan poco amado por los hombres, quiso ofrecer una reparación que consolará ante todos al Altísimo, pero también que tuviera como mérito expiar por las personas que no corresponden con fervor a la vocación que han recibido y a los pasos del amor de Dios en dirección a ellas.

Para que el Señor no castigara ese rechazo de su amor —porque tal actitud es un insulto a Él— la Divina Providencia eligió una cohorte de almas víctimas que se ofrecerían en la tierra y, en atención a ellas, dio aún más dadas para llamar a otras almas.

La fórmula de ese sacrificio de Santa Teresita era: nunca pedirle nada a Dios y nunca negarle nada, aceptando lo que sucediera. Lo que Dios permitiera que ocurriera, ella lo consentía y no lo alteraba. Y con esto ofrecía uno, dos, hasta veinte sacrificios, que ella llamaba «pequeños», pues no eran heroicos como los de Santa María Egipciaca, una santa que vivió en Egipto e hizo tantos sacrificios, y tan heroicos, que en el siglo pasado dejaron de publicar su biografía porque horrorizaba a las almas...

La santa de la *pequeña vía* aceptaba todos los sacrificios permitidos por la Providencia. Un día, por ejemplo, una monja que la ayudaba a arreglar par-

te de su hábito fue torpe y le clavó un alfiler en la carne. Santa Teresita pasó todo el día con el alfiler clavado, porque si Dios lo había permitido, no se lo iba a sacar ella. Así se ofrecía como víctima al amor misericordioso de Dios.

Pequeños sacrificios y la gran prueba

Otro día, imagino, estaba escribiendo su autobiografía y, justo cuando su espíritu se hallaba más concentrado, aparece de repente otra religiosa y le dice:

—Hna. Teresa, como se le da muy bien escribir, no le importará que le robe un poco de su tiempo, ¿verdad? ¿Podemos charlar? Estoy muy angustiada y necesito algo de consuelo...

—¡Ah, por supuesto! —respondió Santa Teresita.

La conversación duró una hora... En cierto momento, suena la campana para la comida —un magro almuerzo carmelita— y todas se dirigen al refectorio. El resto del día transcurriría según las reglas e *Historia de un alma* quedaba para el día siguiente. En todo hacía lo contrario de lo que hubiera querido, porque era su manera de ofrecer un sacrificio al amor misericordioso de Dios. ¡Si sólo fuera eso!

Una noche tuvo arcadas y utilizó su pañuelo. Deseaba mucho saber si había expelido sangre —precursora de he-



La vida está llena de grandes sufrimientos, tanto en la vida religiosa como fuera de ella; por eso, toda piedad que no vaya acompañada del coraje para afrontar el dolor no es verdadera

A la izquierda, alameda de castaños del convento de Lisieux (Francia), con la silla que utilizó Santa Teresa del Niño Jesús los últimos meses de vida. A la derecha, retrato de la santa en julio de 1897

moptisis y presagio de muerte— pero, para ofrecer su sacrificio y mortificarse, no encendió la luz. Al día siguiente, cuando rayó la aurora, Santa Teresita comprendió que la muerte estaba cerca y que, finalmente, la liberaría. Era la tuberculosis que llamaba a su puerta, en una época en la que no existían los miles de recursos curativos que existen hoy.

Poco después comienza la prueba contra la fe, la terrible tentación de los santos. Muere en una aridez tremenda, pero con esa frase tan característica de su estado de espíritu: «Creo, única y exclusivamente porque quiero creer». Creía porque amaba. Tras una tremenda agonía, tuvo un éxtasis y cayó muerta. Una inexplicable fragancia de violeta empezó a irradiar de su cuerpo a todo el convento. Era la glorificación de quien había abierto la *pequeña vía* para las pequeñas almas. ¡Qué martirio! ¡Qué cosa tan tremenda!

La vida está llena de grandes sufrimientos ¿Cómo afrontarlos y estar a la altura cuando llegan? Son olas colosales que se abaten sobre el mundo entero. No hay nadie que no haya tenido padecimientos muy grandes en la vida religiosa y fuera de ella. Unas veces

más dentro que fuera; otras, más fuera que dentro.

Entonces, ¿cómo debemos considerar el papel del sufrimiento?

La prueba del fervor y el coraje en el dolor

El alma que tiene la determinación de sufrir y está dispuesta a afrontar cualquier cosa, sea lo que fuere, en la peor dificultad y en lo oscuro, resuelta a llegar hasta el final del dolor si es necesario, pero cumpliendo con su deber sin titubear, pensando que su vida está bien empleada, porque así ha de ser y así quiere que sea, ¡ésa es un alma fervorosa!

Si un alma tiene pavor al dolor prefiere bromear, quiere ser graciosa, divertida, estimada por todos, llevar una vida mullida, se asusta ante cualquier sufrimiento; puede «experimentar» un éxtasis —que sería falso— ante un crucifijo o una imagen de la Virgen hasta el punto de retorcerse, pero no la tomo en serio, porque la prueba del fervor es el coraje en el dolor. Y cualquier piedad que no vaya acompañada de coraje en el dolor es una bellaquería.

Tenemos que mirar bien de frente y entender lo siguiente: para eso, las bue-

nas resoluciones tomadas en la vida ordinaria a menudo no son suficientes. Podemos, por ejemplo, hacer este propósito: «Quiero, oh Señora, Reina del Cielo y de la tierra, en la hipótesis de grandes dolores, sufrirlo todo. Y desde ahora mismo me entrego por completo». Es una excelente disposición. No obstante, llegarán momentos en que el dolor sea tal que somos capaces de decir: «Madre mía, no pensé que el sufrimiento fuera tan grande y creo que no voy a soportarlo».

El verdadero católico lo aguanta todo. Por una razón muy sencilla: cuando pide, siempre tiene consigo la gracia de Dios. Es comprensible que las fuerzas naturales de un hombre no ofrezcan los recursos para afrontarlo. Pero donde la naturaleza es débil, la gracia es fuerte. Si una persona reza, la Santísima Virgen le dará fuerzas y, en la hora de la lucha, hará frente a la tentación.

El alma debe confiar en que su capacidad de sufrir va mucho más allá del tamaño de su personalidad. Su situación se asemeja a la de un hombre que, para glorificar a Nuestra Señora, ha de encontrarse con un león en el camino y estrangarlo. Si se mira las

manos y dice: «El león las va a devorar ¡y a mí también! No soy capaz de darle un pellizco ni siquiera un manotazo en su melena, ¿y aun así tengo que estrangularlo?! ¡¿Yo?! ¡Jamás!». Éste es un fracasado.

Para un alma fervorosa, el asunto se plantea de otro modo: «Si ése es mi deber, y la dedicación a la Santa Iglesia Católica me lleva hasta allí, le diré a la Santísima Virgen: ¡Dame gracias para soportarlo y caminaré hasta allí! *Omnia possum in eo qui me confortat*, dice San Pablo. “Todo lo puedo en aquel que me conforta” (Flp 4, 13). La fuerza del Señor, obtenida por las oraciones de Nuestra Señora —que Él nunca rechaza—, me confortará. En la hora “H” seré fuerte». ¡Esto es fervor!

Sacrificar muchas cosas pequeñas es inmenso a los ojos de Dios

Sin embargo, el fervor no está reservado únicamente para las grandes ocasiones. No está preparado para recibir la gracia del fervor en las grandes ocasiones quien no lo tiene en las pequeñas. Y para ello, es necesario estar habituado a hacer los sacrificios de la vida diaria con ese fervor.

Cuando, por ejemplo, tengo que realizar una tarea desagradable, aburrida, y no me apetece hacerla, si es mi deber, la hago ¡y con ímpetu!

Puedo dejar un deber desagradable para cumplirlo de aquí a media hora, pero lo cumpliré ya. ¡Debo tener la «gula» del sacrificio! Y no quedarme desperezándome ociosamente al pie de un sacrificio que no tengo el valor de hacerlo, grande o pequeño, no importa. Hoy, a lo largo del día, he de hacer una llamada pesada; me acabo de despertar, ¡entonces la haré ahora! Voy a saltar sobre ese pequeño deber como delante de una fiera y diré: «Ven

aquí, teléfono, símbolo del progreso y mi sirviente. Mi primer combate será a través de ti».

Los sacrificios, debo hacerlos enseñada. Si tengo que realizar una tarea agradable, nunca la preferiré primero: dejaré que pase el impulso inicial y luego la haré.



Para recibir en las grandes ocasiones la gracia del fervor es necesario tenerlo en las pequeñas

El Dr. Plinio en agosto de 1991

De igual manera, si tengo muchas ganas de oír las repercusiones de apostolado de un militante de nuestro movimiento que acaba de llegar de un viaje —que duró meses—, se me ocurre bajar rápido las escaleras para hablar con él. Pero de repente me paro y me acuerdo de ofrecerle un sacrificio a Nuestra Señora. Bajo lentamente los escalones, y en cada peldaño, rezo una jaculatoria. ¿Para qué? ¿Para atormentarme? ¡No! Para conquistarle un poco más de terreno a la Revolución maldita, gnóstica e igualitaria. Cuando llegue abajo, me habré perdido algunas

novedades, es cierto, pero habré ganado mucho terreno para María Santísima, que sabrá qué hacer con ese ofrecimiento mío de bajar despacio las escaleras. Y sé que, en cada peldaño, mi ángel me acompaña sonriendo.

Les pregunto: ¿habrá en el mundo escalera más dulce para bajar? En eso consiste el fervor. Alguien dirá: «¡Pero, Dr. Plinio, eso es una cosa muy pequeña». Yo le respondo: «¡Hacer muchas cosas pequeñas como ésta es inmensísimo. ¡Y debemos hacerlas!».

Así pues, hay mil y una ocasiones para hacer sacrificios, a veces pequeños, a veces grandes, que aumentan el fervor.

El auge del fervor se alcanza cuando, en el auge del tormento y del sufrimiento, en cierto momento uno dice: «Todo está concluido, *consummatum est*».

San Pablo, un alma fervorosa

Fíjense en el hermoso simbolismo del martirio de San Pablo. Fue el apóstol que más trabajó en la difusión del Evangelio. Antes de morir decapitado, declaró: «He combatido el noble combate, he recorrido el camino que tenía que recorrer. Dame, Señor, el premio de tu gloria» (cf. 2 Tim 4, 7-8).

Cuando el verdugo romano asestó su espada contra él y le cortó la cabeza, ésta rebotó en el suelo tres veces, tal fue la violencia del golpe. En cada punto donde impactó, brotó un manantial. Ése es el sacrificio del hombre fervoroso.

En los grandes sacrificios de nuestra vida, podemos tener la impresión de que algo nos ha sido amputado, pero recordemos que a través de ellos se abren manantiales. ✠

Extraído, con pequeñas adaptaciones, de: *Dr. Plinio*.

São Paulo. Año XXVI. N.º 306 (set, 2023), pp. 29-32.



¿Es lícito pedirle a Dios que nos libre de los sufrimientos?

La oración es intérprete de nuestros deseos ante Dios (cf. *Suma Teológica*, II-II, q. 83, a. 9). Sin embargo, ¿sería justo alimentar el anhelo de vernos libres de los sufrimientos de esta vida, permitidos por la Providencia para nuestro bien? ¿No deberían elevarse nuestras plegarias al trono de la Majestad divina sólo para que aceptemos la cruz con resignación? ¿O nos es lícito suplicar consuelo, curación y favores?

La devoción no consiste únicamente en ofrecerle a Dios la reverencia de nuestra entrega o en agradecerle los beneficios recibidos, sino también en expresarle nuestras necesidades con filial confianza: «No dirigimos nuestra oración a Dios para ganar su favor, sino para excitar en nosotros mismos confianza en la petición. Y, en efecto, tal confianza se excita principalmente al considerar esa caridad suya hacia nosotros con que quiere nuestro bien, y es el motivo por el que nosotros le llamamos “Padre nuestro”» (ad 5).

No debemos tener miedo de presentarle a Dios nuestros deseos y necesidades con confianza, pues participamos de la naturaleza divina por el don de la gracia santificante (2 Pe 1, 4) y somos hijos. Por lo tanto, no hay inconveniente en pedir alivio, acortamiento o eliminación de nuestros sufrimientos, si le rezamos de forma condicional y sumisa a su voluntad santísima.

Un ejemplo absoluto y perfectísimo de ese principio lo encontramos en el divino Maestro. Poco antes de su pa-

sión, Jesús elevó al Cielo una conmovedora plegaria: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya» (Lc 22, 42). He aquí la súplica del Hijo unigénito que no oculta su dolor, sino que desea, ante todo, cumplir el designio del Padre.

Como explica el Doctor Angélico, Cristo oró expresando su sensibilidad humana para instruirnos sobre tres cosas: «Primera, para demostrar que había asumido una naturaleza humana verdadera con todas sus inclinaciones naturales; segunda, para hacernos ver que al hombre le es lícito, conforme a sus sentimientos naturales, querer algo que Dios no quiere; tercera, para probar que el hombre debe subordinar sus propios deseos a la voluntad divina. Por eso dice Agustín: “Así Cristo, comportándose como hombre, manifestó su voluntad humana particular, al decir: ‘Pase de mí este cáliz’. Era su voluntad humana la que quería algo propio y como privado. Mas, porque quiere ser un hombre recto y dirigirse hacia Dios, añade: ‘Sin embargo, no se haga como yo quiero, sino como quieres tú’, como si dijera: Mírate en mí, porque puedes querer una cosa propia, aun cuando Dios quiera otra”». (III, q. 21, a. 2).

A la luz del ejemplo de Cristo en el huerto de los olivos, y en armonía con la doctrina tomista, Mons. João también enseña cuán legítimo es rogar a Dios para que nos libre del sufrimiento, si la petición se somete a la voluntad divina con amor y abandono: «Conve-

nía que el Señor rezara para darme un ejemplo de oración perfecta, que debe ser humilde, filial, llena de confianza y perseverante. Había anunciado varias veces que lo matarían y resucitaría; por lo tanto, sabía bien que esa oración condicional no sería atendida. No obstante, la hizo para demostrar que es verdaderamente hombre y que le está permitido a la criatura humana expresar su dolor. ¡Qué magnífico ejemplo nos da Nuestro Señor Jesucristo! Así debo rezar: “Si es posible...”».¹ ✠

¹ CLÁ DIAS, EP, João Scognamiglio. *Meditación*. São Paulo, 16/10/1992.



La oración del Señor en el huerto es el ejemplo perfecto de una súplica que no oculta su dolor, sino que desea, ante todo, cumplir el designio del Padre

«La agonía en el huerto», de Andrea di Vanni - Galería Nacional de Arte, Washington



Cuando las calamidades enseñan a la humanidad

En la angustia la mano de Dios no se muestra menos que en la consolación. Sin embargo, a menudo olvidamos que tras la desgracia se oculta la misericordia divina.

✎ Marcos Vinícius Santos Ferreira



Hay distintas formas de hacer una lectura. Una de ellas es aquella en la que el individuo entiende casi matemáticamente el significado de las frases, la mera combinación de palabras, oraciones y párrafos, y experimenta una breve dosis de impresiones que la trama puede suscitar. Cuando hablamos con este tipo de lectores constatamos que realiza un análisis superficial de los hechos. ¿Por qué? La consideración de una segunda modalidad de lectura nos dará la respuesta.

Ésta se caracteriza por un examen minucioso del texto, más que de las líneas, las entre líneas, tratando de encajar en una perspectiva más amplia los episodios descritos. De entre estos lectores se encuentran los buenos observadores, los cultos, los críticos y, sobre todo, los hombres de fe. Estos

últimos poseen la más aguda interpretación de los hechos, pues los analizan desde un prisma sobrenatural, buscando comprender los acontecimientos con los ojos de Dios.

En efecto, el divino Escritor suele enviar signos, a modo de entre líneas, antes de redactar ciertas páginas de la historia, para que los hombres, a través de la «lectura» de los sucesos que les rodean, puedan discernir en ellos una advertencia celestial y no simples coincidencias.

Eso es lo que ocurrió en Europa durante las décadas que precedieron a una de las mayores tragedias que ha conocido la humanidad: la peste negra.¹

Algunas coincidencias...

En 1315 un cometa surcó el cielo dejando tras de sí la sensación de que

algo terrible estaba a punto de suceder. Al llegar la época de la cosecha, el mal presagio pareció cumplirse. El otoño de ese año comenzaba con un período de grave sequía y otras pésimas condiciones climáticas, que contribuirían a arruinar las siembras durante los dos años siguientes.

La falta de víveres inició un tiempo de angustiosa carestía para los europeos, en el que se produjeron escenas asombrosas: algunos campesinos, alucinados por el hambre, roían la corteza de los árboles con la ilusión de saciarse; otros, llevados por un delirio aún más violento, llegaban a satisfacer su apetito desesperado con el canibalismo. Esta horrorosa situación se acentuaba todavía más con el aspecto de los niños víctimas de la desnutrición, reducidos a esqueletos.

Los barcos procedentes del mar oriental fueron el medio de transporte de la enfermedad que se propagó por toda Europa matando a millones de personas

Puerto de Génova a finales de la Edad Media



Cuatro años después, cuando las cicatrices de la hambruna apenas se habían desdibujado, otra tragedia revivió los episodios que precedieron a la salida del pueblo elegido de Egipto: una furiosa plaga de langostas de origen desconocido se adueñó de la escena. Los insaciables insectos arrastraban todos los cultivos que encontraban a su paso. El método de avance siempre seguía el mismo orden: un pequeño destacamento se acercaba para reconocer la zona que sería objeto del ataque; una vez completado el barrido, este grupo volvía al enjambre, que entonces regresaba con toda su fuerza. Quien viera a los primeros insectos rondando sus tierras dispondría poco más de dos horas para protegerse.

Pero ¿qué amenaza representaban esos pequeños invertebrados para que la población los temiera? Aquello no era —¡ni es!— normal. Las langostas parecían prefiguradas de las descritas por San Juan en el Apocalipsis (cf. Ap 9, 3-11). Y si el lector piensa que esta suposición es exagerada, considere en el destino de un desprevenido escudero que, mientras iba a caballo, fue sorprendido por la inmensa sombra de los insectos. El resultado se conoció más tarde: del pobre hombre solamente quedó su esqueleto, amontonado junto a la osamenta de su animal. Pero las calamidades no acabaron ahí.

Años después, en 1325, los astrónomos observaron una peculiar conjunción entre Júpiter y Saturno, que fue registrada no sólo con curiosidad, sino también con un aire de advertencia. En 1341 se produjo un eclipse solar total, que dejó a miles de personas sumidas en tinieblas. En aquella época, los signos celestiales aún movían las almas y, por mucho que algunos incrédulos partidarios de la postura naturalista afirmaran que no pasaba de ser un fenómeno predecible y sin mayor trascendencia, la desaparición del Sol y la momentánea oscuridad en ciertas regiones conllevaban necesariamente



Fotos: Reproducción

El contagio era rápido y la enfermedad avanzaba silenciosamente; en sólo setenta y dos horas, en el mejor de los casos, el desdichado moría

La peste negra en Florencia, de Giovanni Boccaccio - Biblioteca Nacional de Francia; en el destacado, el traje que usaban los médicos durante la epidemia, hecho de cuero y con una máscara en forma de pico de pájaro, rellena de hierbas aromáticas

una premonición acerca del fin de los tiempos.

Había hablado el cielo, llegaba ahora el turno de la tierra: el año 1348 «comenzó con una serie de terremotos, de inaudita fuerza, los cuales sacudieron toda Europa, mataron bajo las casas derrumbadas miles y miles de personas [...]». Así sobre Grecia quedó durante varios meses una espesa y grave niebla, Inglaterra desde junio a diciembre fue inundada por lluvias casi sin interrupción».²

En Francia, la situación económica acompañaba los desastres naturales. Una fuerte inflación durante el reinado de Felipe el Hermoso agravó la tensión ya existente debido a las guerras de las que el país aún no se había recuperado. En el ámbito social, las circunstancias eran aún más angustiosas. Los historiadores señalan un enorme descenso de la tasa de natalidad, iniciado a finales del siglo XIII. Entre otras razones, el declive demográfico era causado por una ola de violencia derivada de diversos conflictos internos y externos.

Europa parecía caminar, a paso acelerado, hacia su propia extinción.

Tragedias también en el orden espiritual

Fenómenos astronómicos y telúricos, plagas y hambrunas, calamidades sociales y conflictos políticos... Sin embargo, nada de esto era tan grave como la terrible coyuntura en la que se encontraba el Cuerpo Místico de Cristo. En realidad, todos esos elementos constituían un símbolo de lo que estaba ocurriendo en el orden espiritual al final de la Edad Media.

A título de ejemplo, recordemos que el siglo XIV comenzó con el ignominioso atentado de Anagni, una afrenta directa de los enviados del monarca francés contra el papa Bonifacio VIII, en 1303. Poco después, en 1309, el papado se trasladaría a Aviñón, donde permanecería hasta 1377, dando lugar al «segundo cautiverio de Babilonia», según la expresión consagrada por varios historiadores. La terminación del siglo sería, finalmente, testigo de una de las mayores disidencias internas de la historia de la Iglesia: el gran Cisma de Occidente, en el que la cristiandad se dividiría bajo el liderazgo de tres «papas».

A este sombrío cuadro de catástrofes pasadas y convulsiones futuras se le su-



mará, como la conclusión de una era y el prefacio de otra, el gran azote de 1348.

Todo empieza en Oriente

El lector debe tener en mente la escena que anuncia la llegada de un gran tsunami. Antes de romper sus propios límites, el mar retrocede ampliamente, como si reuniera fuerzas para lanzarse tierra adentro. De forma similar, la ola que arrasaría millones de vidas en toda Europa comenzaría su siniestra carrera en las lejanas tierras de Oriente y ganaría intensidad a medida que se acercaba.

La extraña *katay*, primer nombre que recibió la peste, salió de China y atravesó Armenia, India y Persia. En Siria creció el poder de la infección, alcanzando quince mil óbitos diarios en El Cairo y veinte mil en Gaza. Los barcos procedentes del mar oriental fueron el medio fatal de transporte de la enfermedad a los puertos de Génova y Sicilia, a partir de los cuales se propagó por todo el continente europeo, desde Rusia hasta Groenlandia.

La aversión causada por los síntomas que se manifestaban en los enfermos, su-

mada a la rapidez de su muerte, movió a toda la población a buscar una manera de prevenir ese demoníaco flagelo. Algunos emplearon escrupulosos métodos de higiene, evitando el mínimo contacto con cualquiera que mostrara síntomas de la enfermedad. Otros acudían a las iglesias para suplicar clemencia al Cielo. No obstante, «ni la preocupación por la higiene ni las oraciones públicas fueron suficientes para detenerla».³

La devastación

El desafortunado que contrajera la dolencia sentía que le crecían tumores bajo los brazos y enseguida todo su cuerpo se veía dominado por repulsivas erupciones. Otro síntoma evidente era la aparición de manchas negras, que dieron nombre a la peste. En ambos casos, la progresión era rápida y silenciosa, y a menudo ni siquiera provocaba fiebre. En la mejor de las hipótesis, setenta y dos horas bastaban para conducir al desdichado a la muerte.

El contagio era fulminante: la ropa de un enfermo le transmitía la peste a quien la tocara. La gente evitaba saludarse, y los moribundos se desmayaban sin compañía. Ciudades portuarias como la majestuosa Venecia, con una de las mayores flotas marítimas de Occidente, fueron asoladas con más rigor al ser las primeras en recibir el impacto de la epidemia.

Las localidades francesas contuvieron gran parte de los sufrimientos del continente: «En Aviñón, del 25 de enero al 27 de abril de 1348, hubo sesenta y dos mil víctimas, la mitad de la población; y cuando no hubo más sitio para las tumbas, el Papa autorizó los entierros en el cementerio pontificio, donde, en marzo y abril, se sepultaron once mil cadáveres».⁴ De las ciento cuarenta familias que conformaban el pueblo de Soisy-sur-Seine, sólo quedaron seis al final de la peste. En Amiens, se registraron diecisiete mil óbitos.

En resumen: los historiadores estiman que hubo no menos de veinticinco millones de muertos en Europa y treinta y seis millones en Asia. Estas cifras, que ya resultan aterradoras ante el gigantesco tamaño de la actual población mundial, significaban mucho más aún para aquella época. Calcule el lector que esa plaga se llevó por delante a más de un tercio de la población europea de entonces...⁵

La mano de Dios se muestra en la tribulación

Los años marcados por el dolor y la muerte presenciaron diversas reacciones, registradas por los historiadores. Parejas que vivían en situación irregular trataban de enderezar sus vidas. Muchos adictos al juego cambiaron los dados por las cuentas del rosario, abandonando las mesas de la fortuna para dirigirse a los altares. Las oraciones se multiplicaron y la afección de penitencia creció por doquier. En medio de un crudo y frío invierno, la amenaza generalizada de una muerte casi re-

Los años marcados por el dolor y la muerte presenciaron auténticas conversiones; las oraciones se multiplicaron y creció la afección por la penitencia

Procesión organizada por San Gregorio Magno para pedir el fin de la peste que asolaba Roma en su época - «Las tres ricas horas del duque de Berry», Museo Condé, Chantilly (Francia)



pentina hizo brotar las flores de fe primaveral.

En efecto, en la angustia la mano de Dios no se muestra menos que en la consolación. Sin embargo, a menudo tiende a ocultarse tras una misericordia mal concebida la necesidad de un verdadero cambio de vida: el demonio sabe que durante la prueba las almas elevan súplicas más intensas al Altísimo y le ofrecen el incienso de una auténtica conversión.

La alegría no siempre resulta suficiente para impulsar la práctica de la virtud. Por eso es saludable que exista el sufrimiento, para incentivar ciertos pasos en las vías de la santidad. ¿No habrá sido intención del Cielo advertir a los medievales de las calamidades que le sobrevendrían a toda la humanidad si se abandonara la fecunda práctica de la fe católica que había iluminado los siglos anteriores?

No cabe duda de que la Edad Media dejó uno de los mejores recuerdos en las páginas de la historia, escritos por los fieles que decidieron plasmar en sus hazañas el espíritu de la Santa Iglesia. Fruto de ese espíritu cristiano son los grandes tratados de teología y filosofía, las universidades, los hospitales de caridad, las imponentes catedrales góticas que inmortalizaron el ideal de sus constructores y tantas otras regalías de la humanidad de las que hace ostentación la era moderna. Las producciones artísticas, por ejemplo, no dejan de atestiguar la fecundidad de la época. Desde 1050 hasta dos años después de la peste, las



Dios presentaba un remedio, aunque amargo, para la decadencia que comenzaba a minar una sociedad construida según el Evangelio

«La catedral de Reims», de Domenico Quaglio - Museo de Bellas Artes, Leipzig (Alemania)

creaciones artísticas se multiplicaron, y gran parte de ellas siguen esperando hasta hoy una réplica a su altura.

Pero si la cristiandad ha sido responsable de tantos progresos históricamente reconocidos, se debe a que los hombres se preocuparon por materializar su mentalidad en la vida cotidiana. Y la actitud medieval ante el sufrimiento desempeñó un papel esencial en ese proceso.

Entonces se tenía conciencia de que «el hombre es incapaz de adquirir ningún grado de perfección espiritual, incluso los grados más modestos y elementales, sin sufrimiento».⁶ Al per-

mitir que todo un continente pasara por una angustia tan grande como la de la peste negra, la Divina Providencia podría haberle estado presentando un remedio, aunque amargo, para sanar la decadencia que comenzaba y cuyo resultado fueron los desvíos diversos y el perecimiento gradual de una sociedad construida según las enseñanzas evangélicas. La aparición del Renacimiento neopagano era ya inminente...

Quien vivió en aquella época no podría excusarse alegando ignorancia. Si no se daba cuenta de la necesidad de un cambio de rumbo, bastaba con detenerse en analizar los fenómenos insólitos que precedieron a la epidemia. Éstos eran heraldos que pregonaban —sin palabras, es cierto, pero muy claramente— los designios de la Providencia ultrajados. Los profetas de calamidades de aquellos tiempos

fueron esas calamidades proféticas.

Ahora bien, Dios no ha cambiado y sigue escribiendo como antaño: a través de las líneas y las entre líneas. A nosotros nos corresponde, pues, leer en los acontecimientos los signos de alerta que Él nos envía antes de consumir grandes intervenciones. ¿Cuántos cometas han rasgado ya nuestros cielos del siglo XXI? ¿Cuántas veces la naturaleza no ha parecido mostrarse resentida con el hombre, sea por el agua, por el fuego, por el aire o por las enfermedades? ¿Cuál será la intención divina con estos grandiosos emisarios? ¡Estemos atentos! ✚

¹ Los datos históricos que constan en el presente artículo han sido tomados de las obras: WEISS, Johann Baptist. *Historia Universal*. Barcelona: La Edu-

cación, 1929, t. VII, pp. 383-387; DANIEL-ROPS, Henri. *A Igreja das catedrais e das cruzadas*. São Paulo: Quadrante, 1993, pp. 656-665; BONASSIE, Pie-

rre. *Dicionário de História Medieval*. Lisboa: Dom Quixote, 1985, pp. 169-172.

² WEISS, *op. cit.*, p. 385.

³ DANIEL-ROPS, *op. cit.*, p. 657.

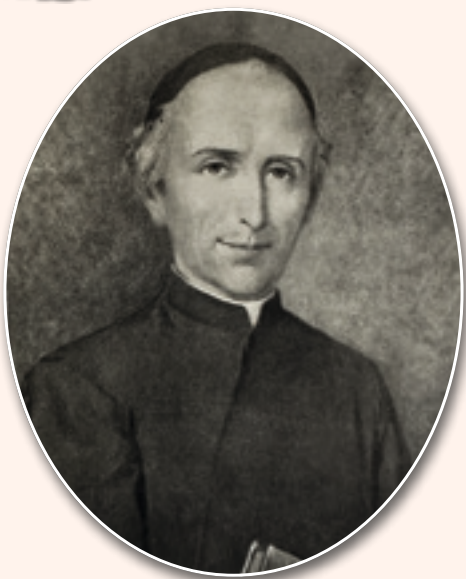
⁴ *Idem*, p. 658.

⁵ Cf. BONASSIE, *op. cit.*, p. 170.

⁶ CORRÊA DE OLIVEIRA, Plínio. *Conferencia*. São Paulo, 16/5/1964.



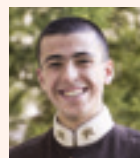
Reproducción



Sagaz como la serpiente...

Hubo un sacerdote que consiguió burlar en repetidas ocasiones los ataques de la policía imperial y que creó un sistema de correo más rápido que el oficial... ¿Quién fue?

✎ Thiago Resende Barbosa



La ausencia de creatividad es uno de los rasgos más característicos de la acción del demonio. En efecto, al analizar atentamente la historia se percibe cómo, a lo largo de los siglos, las embestidas del poder de las tinieblas contra el bien han sido innumerables, pero siempre se asemejan en la sustancia y los métodos. En esta repetición interminable, la variación de personajes y lugares no es más que una etiqueta engañosa para un contenido que suele ser el mismo.

En cambio, las obras divinas se caracterizan por una creatividad sobreabundante, fruto de la infinitud de su Artífice. Dios es por excelencia ese buen padre de familia que sabe sacar de su tesoro cosas nuevas y antiguas (cf. Mt 13, 52), y en defensa de la Santa Iglesia también sabe valerse de los medios más diversos.

Centremos nuestra atención en uno de ellos, siguiendo la historia de un joven seminarista ardiente de celo por la causa católica.

¿Qué camino seguir?

Pío Bruno Pancrazio Lanteri nació el 12 de mayo de 1759 en Cuneo,

un municipio del Piamonte vecino de Francia, junto a los imponentes Alpes. Hijo de padres muy piadosos, recibió una educación religiosa ejemplar desde pequeño. Sin embargo, cuando tenía tan sólo 4 años, falleció su madre, por lo que más tarde declararía: «Casi no he conocido otra madre que María Santísima, y no he recibido en toda mi vida más que caricias de una Madre tan buena».¹

Esta celestial Señora le tenía reservada una gran misión, la cual Bruno sin duda intuía. Con 17 años se presentó ante su progenitor a fin de pedirle permiso para entrar en la Cartuja. Aun-

que amaba mucho a su hijo, este buen padre sabía que no era lícito oponerse a lo que parecía ser un llamamiento divino. Así que, en poco tiempo, Lanteri ingresaba en el monasterio.

No obstante, muy pronto descubriría que Dios no lo había destinado al claustro. Su débil salud no le permitía soportar los rigores de la vida cartujana, y enseguida el prior del monasterio lo convenció de que si la Providencia no le había dado al joven aspirante los medios necesarios para emprender ese camino era porque le reservaba otro.

Reconociendo que no tenía vocación contemplativa, Bruno aún conservaba su deseo de hacer algo por la Santa Iglesia. Entonces le pidió a su obispo que lo aceptara como postulante al sacerdocio, y fue admitido en breve. Para continuar sus estudios, se trasladó a Turín e ingresó en la universidad, algo muy loable, pero que le acarrearía un enorme riesgo.

Al borde de la herejía

Cerca de Francia, la ciudad de Turín se vio infectada por el mismo mal que asolaba por entonces el reino de la flor de lis: el jansenismo, que se agra-

Las obras divinas se caracterizan por una creatividad sobreabundante y renovado vigor, fruto de la infinitud de su Artífice

vó en los dominios piamonteses por un latente clima de oposición entre el gobierno civil y la Santa Sede. Esa herejía rigorista y llena de amargura impregnaba gran parte de los ambientes eclesiásticos, dificultando la buena formación de un seminarista.

El peligro se presentaba tanto mayor cuanto más se divulgaban tales desviaciones, a través de una prensa mal gobernada y altamente perjudicial para el pueblo, por lo general carente de grandes conocimientos teológicos. Lo que Bruno necesitaba en ese momento era encontrar a alguien que lo guiara, y su infalible Madre pronto se lo enviaría...

Convertido durante una lectura

Se trataba de un jesuita —o más bien un exjesuita, pues la Compañía de Jesús estaba cerrada en aquella época— que tenía un pasado peculiar.

Nicolas-Joseph-Albert de Diessbach nació el 15 de febrero de 1732 en Berna (Suiza), en el seno de una familia noble, pero adepta del calvinismo. Poseedor de espíritu muy lógico y cuestionador, se sintió disgustado enseguida con la falaz doctrina y se declaró ateo.

A continuación decidió seguir la carrera militar y se alistó en el regimiento comandado por su tío paterno; no tardó mucho en alcanzar el grado de capitán. Su distinguido origen le permitía acceder a las casas de las mejores familias de la ciudad donde prestaba servicio, y precisamente en una de esas visitas comenzó su conversión.

El anfitrión, ferviente católico, puso sabiamente un buen libro al alcance de su invitado. La atracción del capitán Diessbach por la lectura era tanta que no pudo contenerse. A partir de ese momento se adhirió a la religión verdadera.

Una sociedad para hacer el bien

Pero Diessbach se había vuelto un católico demasiado serio como para contentarse sólo con su salvación. Tras haber ingresado en los jesuitas y empezado su actividad apostólica, veía con tristeza que el catolicismo se encontraba socavado en muchas aspectos, sobre todo por la propagación de herejías en toda la prensa. Había que hacer algo.

Fue entonces cuando tuvo una idea: fundar una sociedad —en este caso, secreta— para ayudar a resolver la situación. Corría el año 1775 cuando nació la *Amicizia Cristiana*. ¿Qué haría propiamente esta institución?

Los buenos libros hacen buenos «amigos»

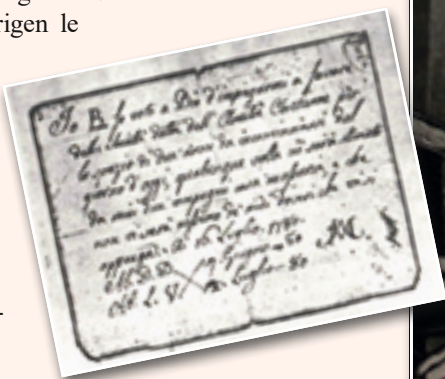
La principal actividad de *Amicizia Cristiana* estaba estrechamente vinculada a la conversión de su fundador. ¿Acaso ésta no se había obrado en virtud de una buena lectura? Pues bien, Diessbach promovió que su sociedad fuera una auténtica fábrica de libros benéficos.

Los miembros examinarían los escritos católicos para comprobar su ortodoxia y fidelidad a la Santa Sede. Si los consideraban

buenos libros, no sólo se archivarían en la biblioteca de la sociedad, sino que también se difundirían entre el pueblo, tan carente de la verdadera doctrina.

Solamente seis integrantes formarían su junta directiva y estarían a cargo de una compleja y estructurada maquinaria de recogida de datos, análisis de doctrinas, reclutamiento de nuevos asociados y difusión de las obras.

Bruno discernió el camino que Dios le había trazado al conocer «Amicizia Cristiana» y a su fundador el P. Diessbach



El P. Nicolas-Joseph-Albert de Diessbach, fundador de «Amicizia Cristiana» - Colegio San Miguel, Friburgo (Suiza); en el destacado, el voto de adhesión a la sociedad realizado por el P. Bruno Lanteri. En la página anterior, este sacerdote.



Reproducción

Católicos ejemplares

Sin embargo, restringir la acción de la *Amicizia* a este aspecto meramente práctico sería reducir considerablemente su verdadero alcance. De hecho, no era una simple sociedad de prensa, sino una congregación religiosa *sui generis*.

Mucho más que grandes capacidades intelectuales, lo que se exigía a sus miembros era una conducta ejemplar. Un aspirante, por ejemplo, se sometía a un año de continuo examen para verificar la conformidad real de su vida con los principios católicos. Finalizado el período de evaluación, si era considerado digno, debía hacer tres votos: no leer ningún libro prohibido durante un año; consagrar una hora semanal a la atenta lectura de un libro de formación religiosa proporcionado por la asociación; obedecer a sus superiores en lo concerniente al buen orden y la actividad común de la *Amicizia*.²

Además, se establecieron algunas reglas para sus integrantes, como la frecuencia regular de los sacramentos, media hora de meditación y lectura al día y la realización de un retiro espiritual una vez al año. Así, mediante una vida interior bien estructurada, estarían verdaderamente preparados para emprender una fecunda labor apostólica.

Lanteri y la «Amicizia Cristiana»

Huelga decir que, tras conocer al P. Diessbach, Bruno se incorporó inmediatamente a su movimiento, pues veía en él el camino que Dios le había trazado. A su vez, ciertamente debido a una misteriosa intuición, el propio jesuita percibió que aquel discípulo no era «uno más». Prueba de ello es la es-



Encuentro de Napoleón Bonaparte y el papa Pío VII, de Jean-Paul Laurens

*El Papa encarcelado
necesitaba ayuda
urgente para
defender a la Iglesia;
¿dónde podría
encontrarla? Bruno
tenía una solución*

pecial atención y confianza que desde el principio depositó en ese joven, que ni siquiera había sido ordenado.

Le fue revelado, por ejemplo, el código que utilizaba la sociedad para mantener en secreto su correspondencia, y ésta empezó a pasar toda o en gran parte por sus manos.

En 1783, poco después de haber concluido sus estudios y recibido la unción sacerdotal, Lanteri se convirtió en el segundo hombre de la *Amicizia* de Turín, la sociedad matriz, de gran importancia en relación con las demás. Y con la muerte de Diessbach en 1798, asumió definitivamente el mando de

la institución en esa ciudad.

Bruno también contribuyó a dar forma y promover el crecimiento de otras sociedades hermanas, como *Amiche Cristiane*, entidad femenina que desarrollaba un apostolado similar al de su homóloga masculina, y *Amicizia Sacerdotale*, cuyo objetivo era la formación del clero. Asimismo, recibió el gobierno de Aa,³ que trabajaba con los seminaristas.

Al dirigir estas asociaciones, Lanteri trataba de emplear todos los medios necesarios para

la conservación de la fe católica, el progreso en la virtud y la defensa de la Santa Sede. Respecto a este último punto, hay un hecho muy interesante que reseñar.

En defensa del Papa

Napoleón afligía a toda Europa. Habiendo hecho prisionero al papa Pío VII en Savona, el emperador exigió que se le reconociera su derecho a nombrar obispos. Pero el vicario de Cristo sabía que se trataba de una actitud inaceptable y, en consecuencia, su postura era un intransigente rechazo.

No obstante, para asestar un golpe certero a la arrogancia del prepotente emperador, y salvaguardar así la integridad del rebaño, Pío VII necesitaba las actas oficiales del Concilio Ecuménico de Lyon, donde ya se había debatido y resuelto la cuestión. Con ellas en la mano, podría redactar un nuevo documento —basado en el magisterio tradicional de la Iglesia—, que esclareciera las conciencias de una vez por todas. Aunque existía un inconveniente: el gobierno francés había prohibido, bajo pena de muerte o exilio, entregarle al Papa cualquier escrito

sin haberlo analizado previamente. Entonces, ¿cómo hacerle llegar ese texto? Bruno tenía una solución.

Él, que ya había promovido una incesante colecta de donativos para sustentar al augusto prisionero, decidió dar una muestra más de su fidelidad y conseguir el documento, incluso si le costara la vida. Para ello, recurrió a un caballero conocido suyo, que se dispuso a llevarle la correspondencia al sumo pontífice.

Al llegar ante éste, el caballero se arrodilló para besarle los pies mientras escondía las actas del concilio en el dobladillo de su sotana. Poco después, salía a la luz el documento de Pío VII. Napoleón tuvo un arrebato de ira. «¿Cómo?!», se preguntaban todos; el gobierno francés no sabía qué responder...

Sagacidad de los hijos de la luz

Por supuesto, esa convenientísima invisibilidad no duraría eternamente; la fama de ardiente católico de la que gozaba Lanteri, en sí, bastaba para hacerlo sospechoso. No pasó mucho tiempo antes de que llamaran a su puerta con la intención de llevar a cabo una redada en busca de pruebas que lo incriminaran.

El anfitrión, aunque obligado a la hospitalidad, observaba la escena con una curiosa sonrisa en los labios. De hecho, el secretario de Bruno ya había previsto el embate y limpiado la zona de cualquier papel sospechoso. Incluso cabría preguntarse si no estaba al tanto de la futura investigación...

Por cierto, el sistema de comunicación de las *amicizie* era extremadamente eficaz. Para hacerse una idea basta decir que, durante el exilio de Pío VII, el propio director general de la policía imperial en Roma, Norvins-Mont-



El católico ha de usar todos los medios lícitos a su alcance para defender a la Iglesia, aliando la sencillez de la paloma con la astucia de la serpiente

breton, constató en varias ocasiones que las noticias llegaban de París más rápidamente mediante el servicio de información católico que a través de los correos especiales del gobierno.⁴ Es verdad que muchos fieles habían tomado la iniciativa de ayudar al Papa por medio de correspondencia secreta, pero Lanteri era un exponente de entre los que supieron combinar muy bien la sencillez de la paloma con la sagacidad de la serpiente (cf. Mt 10, 16).

Una lección

Innumerables hechos más atestiguan aún esa forma diferente de luchar por la Santa Iglesia emprendida por el Venerable Pío Bruno Lanteri. Basta decir que fundó una congregación

religiosa, los Oblatos de la Virgen María, y una sociedad análoga a las *amicizie*, pero que debía ser pública, la *Amicizia Católica*.

En resumen, la epopeya de este varón escogido encierra una lección: para defender los derechos y el honor de nuestra Santa Madre Iglesia, el católico ha de emplear todos los medios lícitos a su alcance. Y, recordémoslo, éstos no faltarán, porque la creatividad no es un problema para la Sabiduría divina. ✠

¹ GASTALDI, Pietro. *Della vita del Servo di Dio Pio Brunone Lanteri fondatore della Congregazione degli Oblati di Maria Vergine*. Torino: Marietti, 1870, t. IV, p. 21.

² Cf. PIATTI, OMV, Tommaso. *Il Servo di Dio Pio Brunone Lanteri*. 4.ª ed. Torino-Roma: Marietti, 1954, p. 42.

³ Esta sociedad había sido fundada en París, hacia el 1702, y se extendió por Francia y regiones vecinas, entre ellas la ciudad de Turín. Su nombre es discutido, aunque lo cierto es que el misterioso acrónimo puede descifrarse como *Amicizia Anonima* (cf. PIATTI, *op. cit.*, p. 61).

⁴ Cf. CRISTIANI, Léon. *Um prêtre redouté de Napoléon. P. Bruno Lanteri*. Nice: Procure des Oblats de la Vierge Marie, 1957, pp. 88-89.



Parroquia de Jesús Buen Pastor

La mano materna de la Iglesia

Las almas llenas de fe reciben de la Santa Madre Iglesia un lugar de referencia, donde saben que tienen siempre a su disposición la palabra divina y el aliento del Cielo.

✠ Hna. Juliane Vasconcelos Almeida Campos



La parroquia de Jesús Buen Pastor, ubicada en Ciudad Estructural (Distrito Federal, Brasil), ha sido desde su nacimiento fecunda en gracias para su pueblo sufriente, sacándolo a menudo de situaciones de gran vulnerabilidad y elevándolo a la categoría de hijos de Dios.

Para entender la profundidad de tales palabras, hay que remontarse a los orígenes de esa comunidad de Brasília.

Génesis de Ciudad Estructural

Su formación se debió al agrupamiento de personas que vivían en condiciones de extrema pobreza a mediados de la década de 1960 en la zona próxi-

ma al vertedero (o relleno sanitario) del Distrito Federal, en esa época no regularizado y conocido prosaicamente como «basurero». Iban en busca de medios de subsistencia y establecieron allí precarias viviendas.

Incluso sin infraestructura, el conglomerado de chabolas adyacentes al lugar se expandió y adquirió un aire de urbanización. A finales de 1980 se creó el Sector Complementario de Industria y Abastecimiento (SCIA) del Distrito Federal y en 2004 ese asentamiento de cientos de casas se convirtió en su sede urbana, adoptando el nombre de la carretera que atraviesa la región por el sur, DF-095, o Vía Estructural.

Actualmente, tiene unos 45 000 habitantes, está en gran parte pavimentado y cuenta con una base económica sustentada en el comercio. Al antiguo «basurero» se le conoce hoy como *vertedero controlado* —el segundo más grande de Latinoamérica— y únicamente recibe residuos de construcción. Compuesto en su mayoría por habitantes jóvenes, ese gran barrio fue dividido en sectores, entre ellos el de Santa Lucía, el cual presenta la infraestructura más precaria y, por lo tanto, el que requiere más atención, como recordaba hace poco el papa León XIV: «Los pobres están en el centro de toda la acción pastoral».¹



João Luiz Barreto



David Ayusso

Misa en la parroquia de Jesús Buen Pastor y ceremonia de creación de la parroquia por Mons. Paulo Cezar Costa

Un sueño hecho realidad

La Santa Iglesia, como madre extremosa, no podía permanecer insensible ante esta porción de población, necesitada no sólo de recursos materiales, sino, sobre todo, de auxilio espiritual. Al albergar el sueño de hacer algo más por esas ovejas de su rebaño, Mons. Sergio da Rocha —por entonces arzobispo metropolitano de Brasilia, hoy cardenal primado de Brasil— tomó la iniciativa de crear un área pastoral bajo la égida de Jesús Buen Pastor, en la zona más desfavorecida del territorio de la parroquia de Nuestra Señora del Encuentro con Dios, ya existente en Ciudad Estructural.

Más de diez años después, el 7 de abril de 2024, el cardenal Paulo Cezar Costa, actual arzobispo de Brasilia, como pastor solícito, amplió ese sueño: entre los aleluyas de la Pascua, esa área pastoral se transformaba en la nueva parroquia de Jesús Buen Pastor, confiada al cuidado de la Sociedad Clerical de Vida Apostólica Virgo Flos Carmeli, de los Heraldos del Evangelio.

El Domingo de la Misericordia, cerrando la octava pascual, en una solemne ceremonia concelebrada por el cardenal Raymundo Damasceno Assis y el obispo de Tocantinópolis, Mons. Carlos Henrique Silva Oliveira, además de numerosos sacerdotes, Mons. Paulo Cezar Costa nombró como primer párroco al P. Lourenço Isidoro Ferronato, EP, y presentó a su vicario parroquial, el P. Stywart Andrey Almeida Durães, EP.

A pesar de no tener todavía una iglesia matriz edificada, ni casa propia, la parroquia de Jesús Buen Pastor surgía con metas y desafíos osados: abrazar las luchas y dificultades de su rebaño con valentía y entusiasmo.

Intensa acción pastoral y social

Desde el principio, la intensa acción pastoral formó parte de su rutina diaria. Habiendo asumido la presidencia de la

La Iglesia no podía permanecer insensible ante un pueblo necesitado, no sólo de medios materiales, sino sobre todo de auxilio espiritual

Asociación Cristiana Santa Clara —entidad católica fundada en los inicios del área pastoral con el objetivo de desarrollar proyectos sociales y que opera en las dependencias de la capilla de Santa Lucía—, comenzó a prestar especial asistencia espiritual a la guardería vinculada a ella, que acoge a unos cien niños y que enfrenta todos los meses el desafío material de cubrir sus gastos de mantenimiento y actividades.

Esta asociación, en colaboración con la parroquia, también ayuda a unas cuatrocientas veinte familias con donaciones de ropa, medicinas y alimentos, y ofrece a la comunidad local atención médica, odontológica, psicológica, nutricional, jurídica, cultural y deportiva, con el apoyo de voluntarios, así como cursos de formación para jóvenes y adultos.

Además, la parroquia distribuye mensualmente un centenar de canastas básicas de alimentos —a veces más, cuando se recibe un donativo extraordinario, como en el caso de la «Campaña Sálvame Reina de Fátima», que ofreció ciento cincuenta canastas— para las familias en situación de vulnerabilidad; y la pastoral de la salud organiza un desayuno comunitario el tercer domingo de cada mes, servido después de la misa de las ocho, dedicada a los enfermos.

Una iniciativa sociocultural que tuvo muy buena repercusión en la comuni-



De arriba abajo: celebración navideña con reparto de regalos, comida y misa con niños de la guardería Asociación Cristiana Santa Clara; actuación de los participantes del «Proyecto Música en Jesús Buen Pastor»; clase del «Proyecto de Panadería Artesanal»



De izquierda a derecha: atención odontológica en la Asociación Cristiana Santa Clara; desayuno comunitario tras la misa por los enfermos; misa en una de las tiendas de Ciudad del Automóvil; procesión por las calles de Ciudad Estructural

Fotos: Parroquia Jesús Buen Pastor

dad fue el «Proyecto Música en Jesús Buen Pastor», a cargo de la sección femenina de los Heraldos del Evangelio, cuyo objetivo es despertar el gusto por la música y la cultura en niños y adolescentes. Su primera actuación se llevó a cabo en la cantata navideña realizada el Domingo *Gaudete*, dirigida por el P. Anderson Fernandes, EP, a la que asistió un numeroso público.

Otra obra social que se ha instituido en la parroquia es el «Proyecto Panadería Artesanal», una iniciativa de la segunda dama del país, María Lucía Alckmin. Un primer equipo participó en el curso de panificación en las dependencias de la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, convirtiéndose en formadores de nuevos grupos de la comunidad de Jesús Buen Pastor. Dos promociones han completado ya el curso en el territorio parroquial, brindándoseles a sus integrantes la oportunidad de incorporarse al mercado laboral, bien en panaderías o pastelerías, bien montando su pequeño negocio o incluso elaborando su propio pan en casa.

Frutos marcados por lo sobrenatural

Pese a toda esa labor social, el párroco y sus colaboradores son muy conscientes de que «la pobreza más grave

*Esas almas sencillas
y sedientas de Dios,
agradecidas por los
beneficios recibidos
y movidas por la
gracia, se acercan
más a la Iglesia*

es no conocer a Dios»,² como nos lo recuerda el sumo pontífice. Y ven con alegría que los frutos de su dedicado trabajo están marcados por efectos sobrenaturales: esas almas sencillas y sedientas de Dios, llenas de gratitud por los beneficios recibidos y movidas por la gracia, se acercan más a la Iglesia, participando con entusiasmo en la vida eclesial.

Confundiendo en el auxilio divino para la construcción de su iglesia principal, que sigue funcionando de forma algo precaria en una carpa, la parroquia ha ofrecido innumerables ocasiones para que los fieles participen en los sacramentos y la sagrada liturgia. Ya ha sido posible celebrar dos veces la festividad de su patrón, el Buen Pastor; realizar

más de cien bautizos, numerosas primeras comuniones y dos ceremonias de confirmación, con una tercera programada para finales de este año; administrar la extremaunción a varios enfermos; y celebrar muchos funerales.

Más de una decena de ministros extraordinarios de la eucaristía recibieron su investidura en una ceremonia celebrada por el cardenal Paulo Cezar Costa en noviembre, y en diciembre, como regalo a la Inmaculada Concepción de María, fueron instituidos veintisiete monaguillos y cuatro acólitos para servir en el altar. También se celebraron concurridas procesiones en honor de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre, y de Nuestra Señora de Fátima, el 13 de mayo.

En octubre de 2024 y en marzo de este año, centenas de devotos se consagraron a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort, en celebraciones eucarísticas que contaron con la participación de incontables fieles de todo el Distrito Federal y estados vecinos. La adecuada preparación tuvo lugar a través del curso *online* impartido por el P. Ricardo José Basso, EP, en la Plataforma de Formación Católica Reconquista, de los Heraldos del Evangelio, o presencialmente en la propia comunidad.



De izquierda a derecha: misa en una de las comunidades de la parroquia; administración de la extremaunción durante una visita a las casas de los feligreses; bautismo en la sede parroquial provisional

Surgida en el Tiempo pascual, la parroquia pudo celebrar su primera Cuaresma y Semana Santa este año. Parecía oírse resonar la voz del divino Redentor: «Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros» (Lc 22, 15). Hubo rezo del vía crucis por las calles, procesión del Domingo de Ramos y un concierto de la pasión interpretado por los Heraldos del Evangelio, así como todas las ceremonias propias del Triduo pascual: la Misa de la Cena del Señor y el lavatorio de pies, la celebración de la pasión el Viernes Santo y la vigilia pascual, que culminó con la alegría de la Resurrección y una alegre celebración de la Pascua con los niños.

Metas propuestas y alcanzadas

En su corto tiempo de existencia, la parroquia ha tenido la posibilidad de alcanzar tantas metas propuestas que las breves líneas de un artículo no permiten narrarlo todo, y mucho menos todos los detalles que revelan la suave mano de la Virgen guiando cada uno de sus pasos.

Además de lo que hemos contado, podemos añadir las visitas realizadas a los hogares de los feligreses, con la entronización del Sagrado Corazón de Jesús, bendición y consagración de la familia, así como la santa misa celebrada mensualmente en comercios de

*La Providencia ha
bendecido el esfuerzo
y la nueva parroquia
se está convirtiendo
cada día en un lugar
de referencia para
Ciudad Estructural*

Ciudad del Automóvil —zona del Sector de Comercio y Servicios del Distrito Federal perteneciente a la parroquia—, con la presencia de su propietario, los empleados y vecinos.

Y sólo por citar algunos logros más conseguidos, en septiembre comenzó el rezo del Rosario de las Madres, que oran por sus hijos, y en enero pasado, el del Rosario de los Hombres, los viernes. También a principios de este año se llevó a cabo el VIII Encuentro de Matrimonios del Ágape, en la capilla de Santa Lucía, con la participación de veinticinco parejas; en abril, con la ayuda de la coordinadora compartida de la Vicaría Centro, se fundó el Apostolado de la Oración; y en mayo se realizó una peregrinación a las basílicas y casas de

los Heraldos del Evangelio del estado de São Paulo, con la participación de sesenta peregrinos.

El párroco y su vicario no conocen el descanso, trabajando muy al estilo apostólico, pues a veces no encuentran «tiempo ni para comer» (Mc 6, 31). Esta actividad sería imposible sin el apoyo de varios heraldos del Evangelio que los ayudan constantemente impartiendo catequesis y cursos de formación, acogiendo a los fieles, enriqueciendo el canto litúrgico, acompañando las visitas a las residencias y asistiéndoles en todo lo que necesitan.

En efecto, la Providencia ha bendecido sus esfuerzos, y la nueva parroquia se está convirtiendo cada día en un lugar de referencia para Ciudad Estructural, donde su pueblo, humilde pero lleno de fe, sabe que siempre tiene a su disposición la palabra divina y un aliento del Cielo que da sentido a sus luchas y sufrimientos diarios. Allí, la Santa Iglesia le hace partícipe del honor de pertenecer a la familia divina, de ser llamado al banquete del Rey de reyes y Señor de señores, Jesucristo, el Buen Pastor. ✠

¹ LEÓN XIV. *Mensaje para la IX Jornada Mundial de los Pobres*, n.º 5.

² *Idem*, n.º 3.



Esclavos de Jesús, por María

A lo largo de los meses de mayo y junio, miles de personas se consagraron a la Santísima Virgen según el método de San Luis María Grignon de Montfort. Las fotos que siguen muestran aspectos de las ceremonias celebradas en la parroquia del Sagrado Corazón de Jesús de Madrid; en la iglesia de Nuestra Señora de Fátima de Tocancipá (Colombia); en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, Buen

Tono, de Ciudad de México; en la iglesia de Santa Sofía de Santiago de Chile; en la parroquia de Santa Elena de Antiguo Cuscatlán (El Salvador); en la parroquia universitaria de Santa María de la Anunciación de Santo Domingo; y en la casa de los Heraldos de Maputo. También se hizo una misa para los consagrados con el P. Manuel Rodríguez, EP, en el santuario de María Auxiliadora de Ciudad de México.



México

Ronny Fisher



Colombia

Jesse Arce



Chile

Ricardo José Caili



México

Ronny Fisher



España

Mateo Peláez



República Dominicana

Mariana Feliz



Mozambique

Mauro Machiana



El Salvador

Sebastián Cadavid



Solemnidad de Corpus Christi

Con ocasión de la solemnidad de Corpus Christi, los Heraldos del Evangelio participaron en diversas celebraciones y procesiones en honor del Santísimo Sacramento. Destacamos las ceremonias realizadas en Roma por el papa León XIV, que presidió la santa misa en la basílica de San Juan de Letrán y llevó la custodia con la sagrada Eucaristía a la basílica de Santa María la Mayor; en la basílica de San Marcos de Venecia; en la basílica de Nuestra Señora del Ro-

sario de Caieiras (Brasil), São Paulo; en la basílica de Nuestra Señora del Rosario de Fátima de Cotia (Brasil); en la catedral metropolitana de Asunción (Paraguay); en la catedral metropolitana de Maputo (Mozambique); en la iglesia de Nuestra Señora del Buen Consejo de Piraquara (Brasil); en la iglesia de Nuestra Señora de los Clarísimos Montes de Montes Claros (Brasil); en la iglesia de San Salvador de Lauro de Freitas (Brasil); y en la casa de los Heraldos de Maringá (Brasil).



Venecia

Sammy Blondo



Roma



Roma

Nuno Moura



Caieiras (Brasil)

Stephen Nami



Cotia (Brasil)

Emerson Júnior



Cotia (Brasil)

Emerson Júnior



Piraquara (Brasil)

Alexandro Silva



Mozambique

Mauo Machiana



Paraguay

Xavier Jacob



Maringá (Brasil)

Maria Fernanda Aguiar



Montes Claros (Brasil)

Tatiane de Oliveira



Lauro de Freitas (Brasil)

Eduardo de Barros



Brasil – Coros de los Heraldos del Evangelio animaron la celebración eucarística de bendición del altar de la parroquia de San Antonio de Mogi das Cruzes, presidida por Mons. Pedro Luiz Stringhini, obispo diocesano, el 27 de mayo (foto 1), así como la misa con ocasión de la bendición de las campanas de la catedral del Divino Espíritu Santo, el 7 de junio (foto 3), y la fiesta del patrón del santuario de San Antonio, el 13 de junio (foto 2), ambas en Caraguatatuba y presididas por Mons. José Carlos Chacorowski, CM, obispo diocesano.



India – En la ciudad de Bangalore, el mes de mayo, especialmente dedicado a la Santísima Virgen, se clausuró con la coronación de la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María y con una hermosa procesión en las inmediaciones de la catedral de San Francisco Javier, organizada por miembros de los Heraldos del Evangelio presentes en la India.



Canadá – Miembros del apostolado del oratorio «María, Reina de los Corazones» se reunieron en la casa de los Heraldos de Toronto para un encuentro realizado en mayo, durante el cual hubo un rosario procesional en el parque de la residencia y la celebración de la santa misa.



Fotos: Ronny Fisher

México – Doce mil fieles, procedentes de diversas partes del país, participaron en la peregrinación anual de los Heraldos del Evangelio al Santuario Nacional de Nuestra Señora de Guadalupe, de Ciudad de México, celebrada el 7 de junio. El programa inició con el rezo del rosario en la explanada de la basílica, seguido de la celebración de la santa misa en acción de gracias, presidida por el P. Manuel Rodríguez, EP, y animada por el coro de la institución.



Fotos: Armandito García

Estados Unidos – En el 37.º Encuentro de la Pastoral Hispana de la Diócesis de Palm Beach, celebrado el 25 de mayo con la presencia de Mons. Gerald Michael Barbarito, obispo diocesano, el P. Joaquim Fernandes, EP, estuvo a cargo de una de las charlas, de la procesión con el Santísimo Sacramento y de la homilía de la santa misa.



Fotos: Roberto Salas

Guatemala – En el Hotel Westin Camino Real, de Ciudad de Guatemala, tuvo lugar una cena benéfica más en pro de la construcción de la Iglesia de los Heraldos del Evangelio. Estuvo presente el nuncio apostólico en el país, el arzobispo Francisco Montecillo Padilla.



Hasta en el otro rincón del mundo...

No contenta con ayudar a los que la invocan en su propio país y a los devotos que se extienden por su continente, Dña. Lucilia sale en busca de almas necesitadas incluso en las lejanas tierras de Oriente...



✠ **Elizabete Fátima Talarico Astorino**

La intercesión de Dña. Lucilia trasciende barreras. Desde su fallecimiento en 1968, asistimos al florecimiento discreto, pero siempre creciente de una devoción que abre caminos. El número de personas que han sido auxiliadas por ella en los rincones más diversos del mundo se convierte en una promesa de esperanza para todos los que recurren a ella, porque para esta buenísima madre las distancias ya no existen.

Pues bien, hoy invitamos a nuestros lectores a que recorran con el pensamiento los miles de kilómetros que nos separan de la India, para conocer otro episodio del magnífico cuadro pintado por Dios a través de Dña. Lucilia, esta vez ocurrido en el citado país asiático.

En la ciudad de San Francisco Javier

La familia de James Kurian y su esposa Nadisha Coelho reside en el estado de Goa, tierra bendecida por la evangelización del gran San Francisco Javier. Este estado costero tiene la particularidad de ser uno de los más pequeños de la India y está dividido en dos distritos: Goa Norte y Goa Sur.

Una de sus principales ciudades es Goa Vieja, en el distrito norte, donde se encuentra la basílica del Buen Jesús, un lugar de referencia para los católicos de la región y para todo viajero que está de paso, ya que alberga el cuerpo incorrupto del santo misionero.

En marzo de este año James tuvo que sustituir a una compañera de trabajo en un gran evento, pues ella estaba de baja. El día 5 por la noche se puso en contacto con ella para concretar algunos detalles prácticos de la actividad. Tras la llamada, la mujer siguió hablando de él con su marido, comentando un poco las funciones que desempeñaba en la empresa.

Al día siguiente, 6 de marzo, mientras pasaba cerca de Goa Vieja camino al trabajo, James se fijó que tenía dos llamadas perdidas de esa mujer en su teléfono móvil e inmediatamente se las devolvió para averiguar qué necesitaba. Le explicó que iba al hospital con su madre y le pidió oraciones por ésta, porque se encontraba muy mal. Sin embargo, mientras su compañera hablaba, James tuvo una inexplicable certeza interior: «Esa enfermedad no lleva a la muerte, sino que es para la gloria de Dios».

Entonces, le prometió que incluiría a toda la familia en las intenciones de sus oraciones y le recomendó que no perdieran la esperanza.

En el hospital, muerte y resurrección...

No obstante, los caminos de Dios a menudo son incomprensibles a nuestros ojos terrenales... Y eso fue lo que ocurrió cuando llegaron al hospital. A pesar de la atención médica, la anciana sufrió una parada cardíaca y el proceso de reanimación cardiopulmonar (RCP), durante el cual fue desfibrilada tres veces, no tuvo éxito.

En vista de ello, el médico certificó el óbito, porque, de hecho, todo indicaba la consumación de la muerte clínica de la paciente.

Media hora después, cuando la familia ya había sido informada del fallecimiento de la mujer, el médico decidió, de forma totalmente inesperada, intervenir de nuevo realizando una última desfibrilación. Esta vez, contra todo pronóstico, la anciana revivió. ¡Había estado más de treinta minutos sin constantes vitales!

En ese mismo momento su hija envió un mensaje a James, informándole

de que su madre había revivido, pero que su ritmo cardíaco era muy bajo, por lo que le pedía que siguiera rezando.

Por la tarde, James fue al hospital para hacer una visita rápida a la madre de su compañera. Al acercarse a su cama notó que estaba muy inquieta y que, molesta con el respirador, trataba de quitarse la mascarilla. Entonces puso un rosario en las manos de la enferma y rezó por ella, teniendo la grata sorpresa de verla abrir los ojos por primera vez después de todo lo ocurrido.

Sin embargo, el peligro no había desaparecido por completo. El equipo médico temía que la pobre mujer sufriera daños cerebrales irreversibles, por haber estado sin oxígeno durante media hora. No obstante, después de dos días había superado la crisis, volvía a respirar por sí misma y sus funciones vitales se habían estabilizado. Las pruebas no mostraron secuelas y los médicos garantizaron su total recuperación.

Efectivamente, el 15 de marzo regresaba a casa. Hoy puede andar y su memoria está en perfecto estado.

Llegados a este punto de la narración, el lector seguramente se preguntará qué tiene que ver este hecho —en el que se evidencia el poder de la oración, es cierto, pero cuyo feliz desenlace bien puede atribuirse a factores naturales e incluso ordinarios— con la intercesión de Dña. Lucilia, cuyo nombre ni siquiera ha sido mencionado... Continuemos la historia.

Un encuentro inexplicable

El 17 de marzo, la compañera de James volvió al trabajo y fue a agradecerle su apoyo y sus oraciones. También quería contarle un episodio insólito, para el que no encontraba explicación.

El día que su madre había sufrido el infarto, ella y su esposo se dirigían al hospital y, justo antes de llegar a Goa Vieja, en un sitio donde nadie suele detenerse, ni siquiera para esperar el autobús, ambos vieron a una señora ma-

yor haciendo autostop. Iba bien vestida y era muy decente y distinguida.

Decidieron parar el vehículo y ofrecerle llevarla. Ella aceptó y, al subir, dijo que quería ir a Panaji, centro admi-



Doña Lucilia a mediados de 1930, paseando por las calles de São Paulo. En la página anterior, el Taj Mahal, Agra (India)

Por las calles de la India, la pareja se topa con una distinguida mujer mayor, vestida como en los antiguos tiempos, y que le pide autostop. ¿Quién era?

nistrativo del distrito de Goa Norte. Al poco de iniciar el viaje, le preguntó a la pareja: «¿Está pasando algo malo?». La compañera de James le explicó lo que le había ocurrido a su madre y por qué se dirigían al hospital. En respuesta, la desconocida le recomendó: «Haz sólo una cosa: llama a ese señor del que hablabas anoche, y todo irá bien». Dicho esto, pidió bajarse allí mismo, ya que el coche ya había salido del territorio de Goa Vieja, y sin más explicaciones se marchó.

¿Cómo era posible que supiera quién era James y que la pareja había tenido una conversación sobre él la noche anterior? Sin comprenderlo, pero siguiendo su consejo, llamó a su compañero para pedirle oraciones, como hemos visto.

En busca de una respuesta

Al principio, James creyó que se trataba de la aparición de un alma del Purgatorio, pero cuando le contó lo sucedido a su esposa, Nadisha, ésta inmediatamente pensó que el asunto se parecía más a la manera de actuar de Dña. Lucilia, pues conocía relatos de manifestaciones similares por parte de ella en el pasado.¹

Curioso por comprobar si había sido Dña. Lucilia, después de hablar con su esposa, James llamó a su compañera y le pidió más detalles sobre la mujer que se le había aparecido. Le contestó que era una persona mayor, con el pelo recogido y canoso, y de piel blanca. Posteriormente le comentó que llevaba un vestido de tiempos antiguos, de color azul y mangas bordadas, y repitió que se trataba de una señora distinguida, añadiendo que hablaba muy bien inglés.

James le contó a su suegra, Anna Coelho, todo lo que había sucedido y ella le envió dos fotografías de Dña. Lucilia para que se las enseñara a su compañera.

«¿Quién es esta persona?!»

Estando en su despacho, el 20 de marzo, al final de otra jornada de traba-

jo, James se acordó de las fotografías de Dña. Lucilia y quiso mostrárselas a su compañera, preguntándole si la señora que había subido a su coche se parecía a la mujer allí retratada. Al verlas, ella se quedó atónita, se sentó y le preguntó: «Señor, ¿quién es esta persona?!».

Al darse cuenta del efecto que la fotografía había producido en su compañera, James se quedó sin saber cómo decirle quién era Dña. Lucilia... Después de todo, ¿cómo podía explicarle la aparición de esa mujer fallecida hacía décadas, en una ciudad al otro lado del mundo? En pocas palabras, le contó su vínculo con ella: «Los hermanos de mi esposa pertenecen a una comunidad religiosa, y ésta es la madre de su fundador. Es de Brasil», fue su primer intento.

Aún sin entenderlo del todo, su compañera le preguntó desorientada: «¿Entonces nació aquí o algo así?». James tuvo que explicarle de nuevo que había nacido y vivido en Brasil, y que había fallecido hacía muchos años... Al oír esto, la mujer se sorprendió todavía más.

Luego de percibir el carácter sobrenatural de lo sucedido, comprendió el mensaje de Dios que contenía y le contó su historia a James.

Su abuelo había fallecido de una mordedura de serpiente pocos meses después del nacimiento de su padre, dejando a su abuela en una situación económica muy difícil. Le aconsejaron que vendiera alimentos en el mercado durante las novenas a San Francisco Javier, y así logró criar a sus hijos. Como consecuencia, su padre siempre conservó una gran devoción al santo misionero y la

transmitió a toda su familia, de modo que nunca hacían nada importante sin visitar antes la basílica de Goa Vieja.

En esto, reconoció el mensaje del episodio ocurrido camino al hospital, pues Dña. Lucilia había subido a su vehículo antes de Goa Vieja y bajado después de Goa Vieja, es decir, había estado con ella durante todo el trayecto por el lugar simbólico al que su familia siempre acude a pedir protección divina, lo que significaba que no les fallaría en la terrible experiencia que iban a enfrentar. Llena de gratitud, exclamó: «¡Sólo Dios puede hacer algo así!».

Sin duda, Dña. Lucilia estuvo al lado de esa familia, ayudándola a superar las dificultades, y también estará al lado de cada uno de nosotros, dondequiera que estemos, ¡incluso en la lejana India! ✝

En la basílica de Goa Vieja, lugar simbólico para la familia, estaba la confirmación de la intervención de Dña. Lucilia: «¡Sólo Dios puede hacer algo así!»

¹ Al respecto, véase el artículo: «Bondad y compasión extremas». In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XX. N.º 232 (nov, 2022), pp. 38-41.



Basílica del Buen Jesús, Goa Vieja (India)

... por qué la Santísima Virgen es invocada como «Torre de David»?



Sallito (CC by 3.0)

Símbolos de algunos títulos marianos - Museo de Arte del Palacio Gavotti, Savona (Italia)

La letanía lauretana recoge algunos de los numerosos títulos de Nuestra Señora que tienen origen bíblico o un significado teológico especial.

La advocación *Torre de David*, por ejemplo, se remonta a un pasaje de las Escrituras relativo a las fortificaciones con las que el rey-profeta protegía Jerusalén: «Cual torre de David, edificada con sillares: mil escudos penden de ella, los paveses de los valientes» (Cant 4, 4).

María es comparada con una torre por varias razones. Para que una edificación así sea inexpugnable, ante todo, ha de tener sólidos cimientos. Ahora bien, Dios quiso establecer el incomparable edificio espiritual de las virtudes de la Santísima Virgen sobre fundamentos inquebrantables: su fe y su humildad.

Además, una torre llama la atención porque rebasa en altura a otros edificios y domina el espacio circun-

dante. Nuestra Señora se elevó por encima de todas las criaturas mediante la contemplación y el conocimiento de las perfecciones divinas, superando en sublimidad a los propios serafines.

En tercer lugar, la Virgen Purísima se asemeja a una torre por su fuerza insuperable. Es la Madre de los Dolores, que soportó valerosamente los sufrimientos de la pasión, la Mujer fuerte que sostiene a la Iglesia militante, que socorre a los hijos que la invocan con confianza y les da vigor y coraje en todas sus tribulaciones.

Por fin, en María encontramos un escudo seguro contra los embates del mal, pues en Ella están las armaduras de todos los héroes: la fe de los profetas y los apóstoles, la constancia de los mártires, la candidez de las vírgenes, la astucia de los doctores, la virtud de los confesores. ¡Ella es el bastión donde las almas fieles pueden refugiarse sin temor! ✦

... cuál es el origen de la imagen del Cristo Redentor?

La imagen de treinta metros de altura construida en la cima del cerro Corcovado, uno de los sitios más encantadores de Río de Janeiro, se convirtió rápidamente en el principal símbolo de la nación brasileña y se ganó un lugar entre las siete maravillas del mundo moderno. Sin embargo, más hermoso que la propia escultura y el paisaje que lo rodea es el origen de este monumento cristiano.

En 1888, pocos meses después de que la princesa Isabel concediera la libertad a los esclavos, los abolicionistas decidieron agasajarla. Entonces le solicitaron a su alteza que les autorizara la construcción de una estatua en honor de «Isabel, la redentora de los esclavos»

en el Corcovado. La respuesta no pudo ser más piadosa: rechazando el homenaje ofrecido, la princesa transformó la idea en una orden imperial, y determinó que se erigiera allí una imagen del Sagrado Corazón de Jesús, el verdadero Redentor de los hombres.

Sin embargo, muchas batallas se sucedieron hasta que este noble deseo se hizo realidad, pues con la caída de la monarquía al año siguiente el proyecto fue cancelado... y sólo tuvo una posibilidad de rehabilitación en 1921.

La inauguración se llevó a cabo, finalmente, el 12 de octubre de 1931, fiesta de la patrona de Brasil. Ese día el Corcovado se convirtió, en palabras del papa Pío XI (cf. *Carta*, 14/9/1931),

en un verdadero trono de Jesucristo, que con los brazos abiertos parece invitar a todos sus hijos a un tierno abrazo. ✦

Cristo Redentor - Río de Janeiro



© Reuters/Contrasto

Extravagancia u osadía

El Espíritu Santo siempre inspira nuevos carismas en la Santa Iglesia, capaces de mover las almas hacia el único bien. El espíritu del mundo, no obstante, a menudo necesita recurrir a la extravagancia, en su afán de novedades.

✠ Raphaël Six



El Antiguo Régimen, como se denominó al sistema político y social vigente en Francia en el período inmediatamente anterior a la Revolución de 1789, fue una época compleja. En él, toda la tradición forjada a lo largo de los siglos por la civilización cristiana convivía a menudo junto con los peores disparates oriundos del ya explosivo desenfreno de las pasiones, nacido del debilitamiento de la fe y de la corrupción de las costumbres.

Este conflicto, que se manifestaba en los usos de la sociedad, era un reflejo de los conflictos —no menos violentos y mucho más profundos— que agitaban las almas de aquella época y cuyo desenlace, pocos años después, serían las sangrientas convulsiones de la Revolución. Sólo así se comprende que, junto a un refinamiento inaudito en las relaciones sociales, encontremos en tal etapa histórica ejemplos de extravagancia que ni siquiera las excentricidades de hoy, en sus múltiples expresiones, logran superar.

Por citar sólo una, consideremos la figura de Rose Bertin, una dama de recursos modestos que, alrededor de 1774, se convirtió en la sombrerera oficial de la corte y ascendió socialmente gracias a sus notables dotes artísticas. Fue esta modista revolucionaria la responsable de realizar el arreglo capilar que el lector puede ver en la primera ilustración del presente artículo.

La extravagancia es evidente, incluso para los hábitos cada vez más carnavalescos que han invadido la vida social hodierna. La composición representa un enorme barco balanceándose en un increíble equilibrio sobre la cabeza de la pobre soberana que lo lleva. No solamente sus dimensiones, sino el propio tema elegido —una victoria francesa sobre la armada británica— son dignos de asombro, especialmente en el aparato social de una persona de tan noble condición. Ni una tarta nupcial comportaría semejante representación...

En la segunda ilustración, el lector puede contemplar a Santa Catalina Labouré revestida del hábito religioso de



Fotos: Reproducción

Tocado de la Belle Poule, diseño de Rose Bertin; abajo, «Paseo por los jardines del Palacio Real», de Louis Le Cœur - Galería Nacional de Arte, Washington



las Hijas de la Caridad, instituto fundado por San Vicente de Paúl. Hoy en día, la *cornette* —una amplia cofia utilizada por esas religiosas— puede parecer insólita, pero enseguida despierta simpatía. En su blancura, parece abrirse como las alas de una paloma simbólica o como un luminoso halo de virginidad dentro del cual se esconde la vidente de las apariciones de Nuestra Señora de la Medalla Milagrosa. No es de extrañar, pues, que hasta hoy circule la piadosa creencia de que fue intención del santo fundador representar, con la *cornette*, las alas de los ángeles...

En realidad, se trata de un magnífico ejemplo de cómo la Iglesia desea que brille la grandeza de la vocación religiosa, protegiendo a sus hijas mientras las muestra como modelo de virtud: desde su fundación en 1633, las Hijas de la Caridad adoptaron la hermosa *cornette* precisamente como un rasgo de humildad. De hecho, San Vicente de Paúl quiso que sus hijas espirituales vistieran a la manera de la clase media y trabajadora de su tiempo,

y la *cornette* era característica de las campesinas de aquella región, Île-de-France. Bajo inspiración de la sabiduría de la Iglesia, fue estilizada por las religiosas y, al caer en desuso entre el pueblo, se convirtió en un signo distintivo de la orden.

Todo adorno femenino pretende realzar la belleza de quien lo luce. Sin embargo, el peinado naval de Rose Bertin parece orientado simplemente a llamar la atención. Cuanto más se manifiesta, más la extravagancia eclipsa la dignidad femenina y la personalidad de la que se deja llevar por ella. Por el contrario, en su radiante sencillez, la *cornette* de las Hijas de la Caridad es una verdadera osadía, hecha de humildad sin bajeza y cultivada por el altísimo concepto de fe de aquellas que ocultan su encanto natural bajo el holocausto de la vida religiosa. Cuanto más se esconden, más irradia de sus rostros la luz de Cristo, resaltando, en el género femenino, toda su auténtica dignidad. ❖



Reproducción

Santa Catalina Labouré; abajo, Hijas de la Caridad en diversas actividades



Fotos: filles-de-la-charite.org





Auge de modestia y de gloria

¿Quién podría haber más humilde que la Santísima Virgen, que se consideraba indigna de ser esclava de la Madre del Salvador? ¿Acaso tal actitud no representaba la más alta y pura expresión de la pobreza de espíritu? Así como su mo-

destia alcanzó el nivel más alto posible, en la misma proporción sucedería su elevación y gloria. Por eso la Iglesia la alabaría como Reina del Cielo. A nadie le correspondería mayor premio.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP